Al

Señor Duque.

EL SEÑOR DUQUE

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Cross ref from A. F. Lepina

Estrenado en el TEATRO ESLAVA el 3 de Diciembre de 1914



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

A Paco Alarcón

Noble y sinceramente hago constar que el cincuenta por ciento del gran éxito de esta obra fué debido á tu estupenda vis cómica y al talento y cariño con que la ensayaste.

Eres tan gran actor como buen amigo.

Al dedicarte el ejemplar de La señora Barba-Azul, *tu primer éxito de Madrid, te auguré la próxima entrada en la* catedral; *ahora que con* El señor Duque *has logrado el tercer entorchado en este género, te emplazo para que muy en breve tengamos en la Princesa un triunfo de esos que apabullan y sigamos caminando del brazo hacia la inmortalidad.*

Antonio.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA FLORINDA (50 años).........	SRA.	ALVERÁ.
CRUZ..............................		SATORRES.
EVA...............................	SRTA.	GARRIGÓ.
FIFÍ..............................		EZPELETA.
REMIGIA...........................		ROMEA.
AMALIA............................		VÁZQUEZ.
PEPA..............................		TUDÓ.
SERAFINA..........................		ALFONSO.
LEOCADIA..........................		GARRIGÓ.
ROSA..............................		EGUILAZ.
MAD. TRAMPOLÍN....................		ROMEA.
PACO AVILA (45 á 50 años).........	SR.	ALARCÓN.
BRUNO MAYORAL (40 íd.)............		GUIRAU.
CARLOS............................		PARÍS.
PICHÓN............................		POVEDANO.
MISTER KOH........................		KAYSER.
MORÓN.............................		TOJEDO.
ALFREDO...........................		PALOU.
MARCELO...........................		TOJEDO.
PASTOR............................		GÓMEZ.
EL MORROS.........................		PALOU.
BELMONTE..........................		POVEDANO.
DON MATEO.........................		TOJEDO.
DON LUCIANO.......................		CAMARERO.
SEBASTIÁN.........................		TOJEDO.
BRACERO 1.º.......................		PALOU.
IDEM 2.º..........................		GÓMEZ.
GUARDIA CIVIL 1.º.................		N. N.
IDEM 2.º..........................		N. N.

Señoras, caballeros y braceros

NOTA.—Se ruega á los directores de escena que no hagan cortes ni supresiones en esta obra.

SERVICIO DE ESCENA

Acto primero.—Un plumero, unos zorros, una rodilla blanca, vasos, copas y botellas de café; veladores, sillas volantes, macetones con palmeras, un ventilador, un reflector con cristal anaranjado, un cigarro puro á medio picar y papel de fumar; una caja de cerillas, una navajita, tres sorbetes y su servicio, un *rosbif*, un *bock* de cerveza, pan, una compotera, platos, tenedores y demás servicio para todo esto; un vaso de refresco, dos pistolas modernas, un billete de á mil francos, varios Luises de oro, una postal ilustrada, un sobre.

Acto segundo.—Un vargueño, sillas de talla y cuero antiguas, una mesa de patas torneadas, otras más pequeñas y también antiguas, algún tapiz, retratos de señores de ha tres ó cuatro siglos y algún mueble y objeto decorativo de un palacio provinciano de rancia antigüedad; una jícara con chocolate, tostadas, un vaso de leche, manteca y el servicio complementario para esto. Dos cartas cerradas. Cuatro saquitos que aparezca que contiene cada uno cinco mil pesetas en plata. Otro igual que pueda contener dos mil. Varios papeles, una taza de caldo con cucharilla; bocina de automóvil, seis ú ocho tiros dentro, algún cohete, una campana de reloj de torre, otros lingotes para simular campanas que tocan á gloria en una torre, un vaso de agua, bolsas de viaje para señora. Un duro, unas gafas de automovilista.

Acto tercero.—Palas y algún apero más de labranza, navaja, paño, palangana y demás servicio para afeitar; una regadera de jardinero, varias macetas de rosales no muy florecidas, una brocha larga para temple y un tiento; vendas de gasa, armamento para dos civiles, un plumero, unas botas de campo unidas por un fuerte cabo, flores.



ACTO PRIMERO

Terraza en el gran Casino de Montecarlo. A la derecha, bastidores con plantas en grandes maceteros. A la izquierda, ángulo de la fachada del Casino, y en ella, puerta. En el foro, barandal sobre el mar, dejando paso en la izquierda por detrás de la fachada. En la escena tres ó cuatro veladores y sillas volantes y algunos macetones con palmeras. En la izquierda, oculto por el trasto de la fachada, ó bien detrás del barandal del foro, un potente ventilador en el suelo para que agite los vestidos de las personas que se aproximen á este sitio y las hojas de las palmeras y de la sensación de la brisa del mar. En la derecha, en el telar, una linterna con cristal anaranjado para simular el reflejo del sol.

ESCENA PRIMERA

ALFREDO y MARCELO, después EVA

Mar. (En mangas de camisa como su compañero y con pantalón y chaleco de frac, quita el polvo de las sillas y arregla los veladores.) Alfredo, oye, pasa el plumero por el barandal y reparte las botellas de agua en los veladores.

Alf. (Tiritando.) No... no me digas nada de andar con cristalería, porque como estoy ti... tiritando lo rompo. Como esto de la temperatura siga así yo me vuelvo á París.

Mar. No, hombre, esto es excepcional. Según las estadísticas, el termómetro en Monte Carlo

no baja de los quince grados ni tres días al año.

Alf. Será excepcional, pero llevamos una semana chupándonos los dedos, y luego, como el director nos obliga á estar en mangas de camisa la mayor parte del día...

Mar. Claro, hombre, para no desacreditar el clima y vencer la competencia de Niza. ¡Así que los vecinitos se descuidan en eso! ¿No has visto desde el tren, á lo largo de la vía, más de cien campesinos trabajando en camiseta, con sombreros de paja y limpiándose el sudor? Pues todos son contratados... Ayer murieron cuatro de pulmonía.

Alf. ¡Pues sí que sois unas fieras para esto del fomento del turismo!

Mar. Yo no tengo frío... No se lo digas á nadie, porque llevo un chaleco de malla de seda que me ha regalado una bailarina.

Alf. Ah, pues luego tengo yo que ir por el teatro á ver si pesco otro chaleco. (De derecha á izquierda cruza Eva. Viste traje de calle de moda exagerada y lleva blusa muy ligera y de escote casi estomacal. Se acerca un momento al barandal por la parte de la izquierda. El ventilador mueve sus ropas.) ¡Vaya un escote! (A Marcelo, confidencialmente.) Oye, ¿está también contratada esta?

Mar. Seguramente... pero no por el establecimiento. (Eva, que estuvo contemplando el mar, se retira y hace mutis por el foro izquierda.) Anda, ya puedes ponerte el frac.

Alf. Hombre, ya podía el sol haber salido un poco antes. (Desde la derecha cae sobre el fondo de la escena el foco de la linterna.)

ESCENA II

MAD. TRAMPOLÍN, FIFÍ y MR. PICHÓN; después ALFREDO

Tram. (Por la derecha, riéndose. Como todos los personajes del acto, sean ó no españoles, á excepción de mister Koh, habla correcto castellano.) Vaya, bueno, monsieur Pichón, le diré la verdad. (Ríe.) No tengo nada, ni la menor insignificancia. Es que una vez en Biarritz equivoqué los zapa-

tos y gane cien luises y hoy, (Ríe.) premeditadamente los he trocado ¡Le digo á usted que es para desternillarse!

Pich. No, es para esnucarse, porque hay que ver los tropezones que viene usted dando... Nos sentaremos, porque aún no ha comenzado la sesión. (Pichón habla gangosamente y hasta puede tener una ligerísima tartamudez para completar más su tipo amemado.)

Fifí Aquí. (Se aproxima á un velador.)

Tram. ¡No, hija, no, que ayer estuvimos ahí y ya viste los negros que me cogieron en una intermitencia! Allí estaremos mejor.

Pich. Corre mucho viento.

Tram. (Instalándose en un velador de la izquierda.) Aquí estaba ayer el conde ese ruso con su esposa, aquella señora tan alocada, y por la noche le dieron treinta pases.

Fifí Pichón, por lo que me quieres no contradigas á mamá en sus supersticiones.

Pich. Bueno, hija mía, pero si atrapamos una pulmonía, que nos sepulten juntos. (Llama al camarero.) ¡Achís! (Estornuda estrepitosa y cómicamente.) ¿Lo ves?

Alf. Los señores dirán.

Tram. Pichón, ¿qué tomamos la famosa tarde de la vaca?

Pich. Tres vasos de leche calentita.

Tram. No me refiero á la vaca de la campiña, sino á la del treinta y cuarenta.

Pich. ¡Ah, pues no me acuerdo! ¡Achís! Ustedes pueden tomar lo que quieran; á mí que me traigan un ponche hirviendo.

Tram. ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Traiga usted tres sorbetes de vainilla.

Pich. ¡Achís! ¡Señora, por su salud, digo, por la mía!

Fifí No la contradigas.

Pich. ¡Ay, Fifí, qué sacrificios me está costando tu amor!

Fifí ¿Y no se lo merece la nena bonita?

Pich. ¿Y no la mima mucho su Chon-chon? (Siguen arrullándose mientras madame Trampolín recuenta las monedas de su bolso. A su tiempo los sirve el camarero y da un pisotón á Pichón.) ¡Ay!

Alf. Perdón, señor, perdón.

Pich. Podía usted fijarse.

Tram. ¿En qué pie ha sido? Si es en el derecho tiene buena suerte.

Pich. Yo creo que siempre que le pisen á uno es de mala pata. (Siguen hablando.)

ESCENA III

DICHOS, AVILA, MAYORAL y ALFREDO

Avila (Saliendo por la derecha detrás de Mayoral.) Hombre, Mayoral, haga usted el favor de un pitillo.

May. ¡Lumbre le voy á dar á usté! (Habla bronca y achuladamente.)

Avila Bueno, pero después del pitillo, porque tampoco tengo cerillas.

May. Tenga usté, tenga usté ese puro y píquelo.

Avila Hombre; esto, más que para picarlo, está para tocar á banderillas. ¡Hay que ver!

May. Sólo he sacado para tres cigarros.

Avila Claro, pero como hace usted estacas...

May. ¡Hago lo que me da la gana!

Avila (Haciendo el cigarro con gran cachaza.) Admiro la facilidad que tiene usted para adaptarse al medio. Desde que estamos en la Costa Azul, rozándonos con duques y príncipes, se ha vuelto usted más educado y más cumplido que un camisón de dormir.

May. ¿Le parece á usté que es cosa de que me salga bailando el tango argentino cuando estoy viendo que por usté me voy á quedar aquí á pedir limosna?

Avila Cá, aquí no se queda usted á pedir limosna, yo se lo aseguro.

May. ¡Hum!

Avila Aquí está penada la mendicidad con dos meses de cárcel.

May. ¡Avila, Avila, no me venga usté con bromas que no está la Magdalena para tafetanes!

Avila Ni para trajes de lanilla dulce. (Viste chaquet claro.) ¡Vaya una mañanita! Si esta es la temperatura de la celebre Costa Azul, me río yo de las costas de colores.

May. Se empeñó usté en que le comprase ese ma-

marracho de chaqué y en que no trajésemos las capas...

Avila ¡Pues sí que es usted para alternar en sociedad! Bueno, á mí me parece que para hacer tiempo hasta que comience el juego, debíamos sentarnos aquí al sol á tomar algo.

May. Es más distraído que subamos andando hasta arriba de la montaña.

Avila Será más distraído pero menos nutritivo, y yo estoy que hasta las hojas del árbol caídas se me antojan patatas á la inglesa.

May. Bueno, bueno. (Se sienta ante una mesa y Avila llama al camarero.)

Alf. ¿Qué desean los señores?

Avila Mire, *garçon*, yo me desayuno á la inglesa. Un *rosbiff* con pan caliente, compota, pan frío para la compota y cerveza que no esté ni fría ni caliente para detrás del *rosbiff* y de la compota.

Alf. Bien.

Avila Ah, y mostaza, mucha mostaza.

Alf. (A Mayoral.) ¿Usted, qué quiere?

May. Yo, picaré en lo del señor.

Alf. (A Avila.) No comprendo. ¿Qué le tengo que traer?

Avila Pues un caballo y una puya.

Alf. ¿Cómo?

Avila Un tenedor.

Alf. Bien. (Se retira por la izquierda.)

Avila ¿Por qué no quiere usted tomar nada?

May. Porque no estoy porque me desuellen. Ya sabe usté lo que llevan aquí por las cosas. Ayer, por un vaso de agua con azucarillo me pusieron dos francos. Ahora, que yo me llevé la cucharilla; ¡á mí, no!

Avila Bueno... pero es que yo... he pedido...

May. Y yo no pago.

Avila ¡Mayoral!

May. No le adelanto á usté ni un céntimo más.

Avila Hombre, lo podía usted haber dicho... y por lo menos hubiera suprimido la mostaza para que no se irritara tanto el camarero.

May. Si hoy saco los quinientos francos que usté me ha garantizao que se ganan al día con su combinación, desde luego abonaré el gasto y se lo pondré en cuenta.

Avila. Sí, pero un día, por casualidad, puede fallar.

May. Si hoy falla también, esto que va usté á tomar le puede importar muy poco.

Avila ¡Unas quince pesetas!

May. Digo que le puede importar muy poco, porque si hoy pierdo los cuatro mil reales que me quedan del traspaso de la tienda, mañana está usté sentado á la izquierda de Dios Padre, y no digo á la derecha porque sabe usté que están los justos y no es cosa de que se estrechen para dejar sitio á un sinvergüenza. ¿He sido sintético?

Avila ¡Y sincópico, porque se trata de quitarme á mí de enmedio!

May. A Bruno Mayoral no se la da de primo impunemente ningún señorito litri, porque ha de saber usté que mi señor padre le rebanó la nuez á un naranjero, na más que porque en una verbena, al ver columpiarse á mi señora madre, dijo: buenas y gordas. Y mi tío, el tabernero, estuvo doce años en Ocaña por un soldao de pavía.

Avila ¿Un crimen por quince céntimos?

May. Por un soldao de húsares al que dió diecinueve puñaladas.

Avila Caray, si yo hubiera conocido á tiempo esos antecedentes de su árbol genealógico no me hubiera andado por las ramas. (El Camarero sirve lo pedido.)

May. ¡Ah! ¿Pero es que usted cree que su combina es una engañifa?

Avila No, don Bruno, es infalible, ~~no hay quién pierda con ella~~. Lo que ha pasado es que ayer quebró por casualidad, ~~pero ya está descontado en el cálculo~~.

May. Buéno, si resulta ya sabe que lleva la tercera parte en las ganancias descontados los gastos.

Avila Como tengo la seguridad de que resultará me debe usted adelantar quince pesetas para el tinte del pelo, porque ~~hay que ver que~~ desde que hemos salido de Madrid he envejecido veinte años.

May. Yo no doy dinero para ~~tonterías~~. porquerías

Avila Hombre, si es que...

May. Está usté mejor así, sin betún. Además, aquí no le conoce nadie.

Avila Le diré á usted. Durante una breve temporada de opulencia, en mi juventud, seduje á una tierna doncella, Florinda Astrarena. La perdí de vista y ayer leí su nombre en la lista de viajeros figurando como viuda de Diez.

May. ¡Rediez! ¿Será la señora Barba Azul?

Avila Hombre, Mayoral, se trata de un apellido Había creído que era viuda de diez, ¡qué gracioso! (Hablan y comen.)

Tram. Vamos hacia la sala de juego que va á empezar la sesión. (Se levanta.)

Pich. (Pagando al Camarero.) Tenga.

Tram. ¿Vamos, Pichón?

Pich. Voy, belle mere. (Salen por el Casino.)

Avila (A Mayoral.) ¿Se ha fijao usted en lo amables que son aquí las suegras?

ESCENA IV

AVILA y MAYORAL

May. Dicen que ya ha empezao el juego.

Avila Pues, ande, yo le espero aquí.

May. ¿Es que no va usted á acompañarme?

Avila No, porque ayer, cada vez que cantaban diecisiete negro, usted me atizaba una patada por debajo de la mesa. Dieciseis encarnado, y me largaba usted otra. Y yo saqué la espinilla negra, roja y de todos los colores del iris.

May. Hoy me contendré.

Avila Ca, hombre; yo no le acompaño á usted á la ruleta como no le pongan camisa de fuerza.

May. (Sacando un papelito.) ¿De modo que aguardo á que se den tres encarnados y salgo jugando un caballo de cien francos y si pierdo repito con ciento diez?...

Avila Pero ¿después de quince días de explicaciones y dos de prácticas no se ha enterado usted?

May. Sí, estoy más que empapao, pero es que si le tengo que matar á usted no quiero que

me quede el remordimiento de que ha sido por una equivocación mía.

Avila ¡Cuidado que cuando se le mete á usted una cosa en la cabeza!...

May. Al que se le va á meter es á usted y pesadita. Mire que quita pesares le compré esta mañana al policía ese francés que vive en nuestra fonda. (Saca una pistola.) Procede de un cacheo.

Avila Procede que se guarde usted esa ametralladora.

May. Usted me ha hecho á mí traspasar la tienda y venirme á jugar el dinero, pero le juro que como lo pierda, usté sufre otro traspaso.

Avila No, será un cierre por defunción. Pero, bueno, don Bruno, no hay que ponerse así.

May. Ya le he dicho á usted lo que hizo mi señor padre...

Avila Pare usted, Mayoral; pare usted, no volvamos á los recuerdos de familia. Deme usted esa pistola, yo tengo mucho amor propio y soy tan testarudo como usted. Como por mí se vea usted arruinado, no tiene que decirme nada, yo mismo me levanto la tapa de los sesos y le ahorro ese trabajo. Yo tengo la cabeza muy dura. (Le coge la pistola.)

May. Si usté se empeña...

Avila Sí, señor, se empeña, digo, me empeño.

May. ¿Calcula que no le faltará valor?

Avila (Guardándose la pistola después de mirarla.) El valor está calculado.

May. Entonces estoy tranquilo.

Avila (¡Qué cándido!)

May. Porque si no la usa usté usaré yo esta. (Le enseña otra.)

Avila (¡Qué bárbaro!)

May. Si usté no se pega el tiro me tomaré yo la incomodidad de pegársele. Por armas no se preocupe usté porque soy el arsenal de la Carraca. (Muestra otro bulto en el bolsillo de la americana.)

Avila ¡Zambomba! Pero, oiga usted, Mayoral, ¿insiste usted en no pagar mi consumación?

May. Cuando saque los quinientos francos.

Avila Es que temo que al levantarme me diga algo el camarero.

May. Pues me aguarda usted sentao.

Avila ¡Pero, don Bruno!...

May. Si pone usted dos letras al juez dele recuerdos de mi parte. (Mutis.)

ESCENA V

AVILA, luego EVA; á su tiempo, ALFREDO

Avila ¡Qué tío más bruto! Cualquiera iba á pensar que debajo de la blusa de un tendero de ultramarinos se ocultaba el Bizco del Borge. Terminaremos el desayuno por si vienen mal dadas. (Mirando hacia la derecha) ¡Calla, aquella parece Eva la de los tientos! (Sale Eva.) ¡La misma!... ¡Eva, chica!

Eva ¿Eh?

Avila Oye, ¿pero es que no me conoces? Soy Paco.

Eva ¡Paco! (Riéndose.) ¡Ca, hombre, usté es su padre! ¡Gachó qué cambio, ni doña María Antonieta ante el Terror!

Avila Hija, haces unas citas que quitan la cabeza. Siéntate y toma lo que quieras. (Llama al camarero.)

Eva ¿Estás rico?

Avila Tengo lo necesario para tirar.

Eva ¿Y qué haces tú en estas tierras? Cualquiera te conocía con el pelo y el bigote blancos. Te confieso que á mí me habías dado el camelo. Creí que no te lo teñías. ¡Si te viera así la Pepa, que te llamaba su niño! (El camarero sirve á Eva un refresco.)

Avila ¡Ay, si yo volviera á ver á la Pepa!

Eva (Seria.) Oye; pero ¿qué te pasa?

Avila Nada, hija. Este invierno andaba yo más arreado que un corista en verano. Tenía un casero que había hecho cuestión de amor propio lo de ponerme los muebles en la rúe. Goinococebarea, un muchachito de Azpeitia que acaba de heredar una fortuna y á quien yo servía de guía en la accidentada vida de la juerga, cogió unas tifoideas y se me fué en quince días. En fin, con decirte que me he acostado algunas noches sin cenar, tú

que conoces mi gazuza perpetua, te lo explicarás todo.

Eva El caso es que tú has gozado de la vida y hasta has encontrado quién te traiga á Monte Carlo.

Avila Asómbrate; me ha traído mi tendero.

Eva ¿Tu tendero?

Avila Sí, hija, le debía sesenta duros de comestibles, se presentó á cobrarlos por el expresivo medio del garrote y viéndome encima un chaparrón de palos, se me ocurrió decirle que le pagaría en cuanto encontrase un socio para explotar en Montecarlo una infalible martingala, producto de mis treinta años al borde del tapete verde.

Eva ¿Y te dió el dinero?

Avila Ca, hija, me hizo explicarle la combinación y cuando se enteró de que podía ganar quinientos francos diarios con tres mil pesetas, ya no me dejó de la mano, traspasó la tienda y aquí me tienes en sus garras.

Eva Pero, ¿la combinación?...

Avila Era un sueño de una siesta de verano.

Eva ¿Y le ha fallado?

Avila Está haciendo las diez de últimas y yo estoy dispuesto para el arrastre. Ha ido á jugarse las últimas mil pesetas y como las pierda me ha jurado que me pega un tiro.

Eva ¿Y te estás aquí?

Avila No sé adónde quieres que vaya sin un céntimo; porque te advierto que no tengo ni para abonar el importe de este desayuno y no puedo levantarme de aquí.

Eva Oye, ¿no me decías que tenías para tirar?

Avila Me refería á esta pistola.

Eva ¡Qué guasón! Bueno, pues por lo del consumo no te apures. (Llama al Camarero.)

Avila Gracias, chica, nunca te pagaré...

Eva Hombre, eso por sabido se calla.

Cam. Doce francos y ocho, veinte. (Le da la vuelta del luis.)

Eva Pero, oye, oye, ¿es que has tomado el desayuno ó que te has hecho un traje?

Avila Ya sabes lo que soy para esto de la alimentación. Pero, bueno, dime, ¿con quién has venido?

Eva — De nombre, le conocerás. Con el sobrino del duque de Puerta Cerrada y un amigo suyo.

Avila — ¿Será muy rico?

Eva — Ahora anda entrampado, pero cuando muera su tío, figúrate.

Avila — Sí, el tío creo que es una de las fortunas más grandes de España.

Eva — Mira, desde Madrid á Francia puede ir sin salir de sus posesiones... Tiene muchísimas que no ha visitado nunca. Y ya ves si en esas casas se hacen en grande las cosas que desde el tiempo de sus abuelos, en todas sus fincas, á las doce en punto tiene la mesa puesta.

Avila — ¡Qué ideal! ¡Cincuenta ó sesenta cocidos puestos á la mismo hora! Calla, calla, si es que se le va á uno la cabeza.

Eva — Al venir, desde el tren nos enseñó el sobrino una posesión que tiene en la provincia de Burgos... Chico, leguas y leguas de tierras sembradas... ¡Y qué palacio!... huertas, campos...

Avila — Las patatas, solamente las patatas que cogerá ese hombre.

Eva — Pues en esa posesión, que es la mejor, no ha estado hace veinte años.

Avila — Pues, nada, Eva, á ver si con el tiempo es tuyo ese paraíso.

Eva — No, si yo no vengo con el sobrino del duque, vengo con Enrique Pastor, su amigo.

Avila — ¡Ah, ya!

Eva — El sobrino del duque está metido en una... No sé cómo vamos á salir... Figúrate que es novio de una muchachita que era tiple y la madre, que es una lagartona, quiere que se case con ella ó sacarle una millonada.

Avila — ¡Arrea!

Eva — Carlitos no tenía miedo porque su tío hace lo menos veinte años que no va por España más que alguna vez por casualidad. Esta mañana nos hemos enterado de que está aquí y andan á salto de mata porque la madre de la niña lo sabe también y quiere dar el escándalo para que el tío se asuste y suelte la mosca.

Avila ¿Tienes algo que hacer?

Eva No.

Avila Pues hazme el favor de entrar en la sala de ruleta y fijarte en el dinero que le queda á ese hombre. Yo te esperaré escondido.

Eva Bueno, dame las señas.

(Entran en el Casino.)

ESCENA VI

DOÑA FLORINDA y CARLOS, después CRUZ y PASTOR

Flor. (Con Carlos, por la derecha. Es una señora de cincuenta años que habla de prisa y con afectación.) Insisto, amigo Carlos, en que usted trata de sustraernos á las miradas del duque, su digno tío, y como me llamo Florinda Astrarena, le juro que vamos á tener un casus belli.

Carlos Por Dios, señora, si hasta dudo de que sea cierto que mi tío se halla en Monte Carlo, sin saberlo yo.

Flor. No olvide usted, señor de Almagro y San Francisco, que mi único patrimonio es el honor. Que si famosa fué la casa de Almagro no lo fué menos la de Astrarena aunque hoy se vea por los suelos.

Carlos ¿No le he prometido á usted que todo se arreglará á medida de sus deseos?

Flor. ¡Ah, si yo no fuera una viuda desvalida!... ¡Si el pobre Díez levantara la cabeza!...

Pastor (Con Cruz, por la derecha.) Os podíamos estar estar esperando. ¿No habíamos quedado en regresar á Niza?

Cruz Ibamos camino de la estación cuando os hemos visto subir.

Carlos Sí, Cruz, sí; pero tu mamá se empeña en que está aquí mi tío é insiste en que se lo presente y demos el escándalo.

Cruz Hombre, escándalo...

Flor. Si el desventurado Díez viviese y viera que la que consideraba como su hija..

Carlos ¡Señora, no me nombre usted más á Díez que bastante le he nombrado yo desde que nos conocimos! Mira, Pastor, recorre el Ca-

sino y pregunta si está mi tío. Si es verdad que se halla aquí, ahora mismo serán ustetedes presentadas.

Cruz ¿Ves, mamá?

Carlos (En rápido aparte á Pastor.) Entérate bien para si está llevármelas aunque sea á arrastras.

Pastor ¡Si yo le conociera personalmente...

Carlos Pregunta.

Flor. ¿Qué decía usted?

Carlos (Alto.) Pregunta á la dependencia y en la Dirección. Aquí te esperamos.

Pastor Bueno.

(Mutis por el Casino.)

ESCENA VII

DICHOS menos PASTOR, en seguida MORÓN

Flor. Es preciso, absolutamente preciso, que hoy veamos á su señor tío, porque yo no tolero que se me den largas, y disimule usted lo taurino de la expresión.

Carlos Bueno, señora, bueno. (Se sienta.)

Morón (Del Casino, mordiéndose los puños y arrancándose los botones.) (¡Maldita sea mi suerte! ¡Animal! ¡No comprender que lo que se daba era encarnado! ¡Que me parta un rayo, que me coja un tren si vuelvo á pisar este maldito Casino!)

Carlos ¡Calla, Morón!

Morón (Con brusquedad y distraído.) ¡Ah, Carlitos! ¿Por aquí también?... (¡Siete encarnados y yo en frente!)

Carlos Pasando unos días.

Morón Yo he venido á distraerme. (¡Siete mil francos!) A distraerme.

Flor. (A Carlos.) ¿Tiene usted á menos presentarnos?

Carlos Morón. Doña Florinda Astrarena, su hija Cruz.

Morón Mucho gusto, señora, á sus pies... (¡Qué baraja más aprovechada!) Señoras, servidor de ustedes, Luis Morón...

Flor. Florinda Astrarena...

Cruz Cruz Díez...

Morón Príncipe, doce. Adiós Carlitos.

Carlos Adiós, Morón.

Morón (Haciendo mutis por la derecha.) (¡Las manos se me caen antes que volver á jugar!)

ESCENA VIII

DOÑA FLORINDA, CARLOS, CRUZ y PASTOR

Pastor No está. Dicen que no le han visto en el Casino.

Carlos Es mucha casualidad.

Pastor (Aparte á Carlos.) Llévatelas en seguida. Se acaba de levantar y está en el baño. (Alto.) En el paseo es más fácil que le veamos.

Flor. Nos iremos á paseo puesto que lo desea.

Carlos ¡Si yo tuviera valor para echarla al mar! (Mutis por el foro derecha.)

(Sale Morón por derecha, con las manos metidas en los bolsillos y caminando deprisa hacia el Casino, entra en él.)

ESCENA IX

AVILA y EVA, al final MISTER KOH

Avila (Con Eva; del Casino.) Oye, pero ¿tú estás segura de que no le quedaban más que sesenta pesetas?

Eva (Riendo.) ¡Y tenía que ver la cara del tío! ¡Ese te va á dar pa el pelo!

Avila ¡No gastes chirigotas!

Eva Chico, es la primera vez que te veo así. Te has puesto más serio que un cantaor de flamenco.

Avila No, que lo voy á tomar á bromas; tú no sabes lo que me ha jurado. ¡Y que lo cumple!

Eva ¿Para qué quieres esa pistola?

Avila ¿La pistola? ¿Andar yo á tiros con ese hombre? ¡Ay, Eva, tú no me conoces! Si yo fue-

ra valiente me estarías viendo ahora con coleta y un millon de duros. (Eva, ríe.)

Eva Pues, chico, si tienes tanto miedo á la muerte, pégate un tiro (Vase riendo.) Adiós.

Avila ¿Que me pegue?... ¡Sí que me has dado una idea! ¡Me suicido, vaya si me suicido!

Koh (Que salió un instante antes y solo oye las últimas palabras.) (¡Oh!) (Pasea hacia el foro derecha.)

Avila Es el único recurso para librarme de ese tío asesino. Como yo no he perdido ni un céntimo no puedo presentarme en la Dirección á pedir el llamado «viático» para regresar á mi país, pero si me suicido, me dan el «viático» á la fuerza porque no les conviene en una timba de esta importancia el espectáculo de un jugador que se suicida y el juez que viene á levantar un muerto. Nada, manos á la obra. Aquél tío no me quita ojo. Seguramente es uno de los innumerables policías que aquí vigilan á todo el mundo. Vamos á infundirle sospechas. (Se sienta en una silla y apoya un codo sobre un velador adoptando una actitud de profundo y siniestro abatimiento. Se revuelve, se mesa los cabellos y se retuerce las manos.) (Me parece que no se fija.) ¡Mis hijos!... ¡Mis pobres doce hijos!... ¡Arruinado!... ¡Y ella!... ¡Ah, pobre Amalarica, no te volveré á ver! (Saca una postal y la besa.) (¡Caramba, qué guapa está la [redacted]!) ¡Dejo esta vida... en la otra te espero! ¡No tardes! (Mister Koh, haciéndose el distraído, vigila á Avila ocultándose tras las palmeras.) Ya que me he despedido de ti me alejo de la tempestad de la vida. De la tempestad... ¡Morir puedo ya! (Saca la pistola y se la apoya en la sien.) (¡Caray, ese tío parece de piedra!) (Más fuerte.) ¡Morir puedo ya! (¡Voy á tener que cantar toda *La Tempestad!)* ¡Adiós, hijos míos; adiós, esposa de mi alma, Sigerica de mi vida!...

Koh (Adelantándose.) ¡Vamos, pegarse tiro ya que poder venir gente!

Avila ¿Eh?

Koh Primer español cobarde que he visto.

Avila ¡Recuerno! Pero ¿es que estaba usted aguardando é que me pegase el tiro?

Koh ¡Yes!

Avila ¿Y tiene usted mucha prisa?
Koh Yes. Yo haber perdido veinte mil libras. ¿Y usted?
Avila Yo cinco kilos en tres días.
Koh ¿Ser eso mucho?
Avila Es un pellizco.
Koh Yo también querer suicidarme y espiarle á usted para ver si el levantamiento de la tapa de la sesera ser fácil.
Avila Hombre, según lo duro que tenga usted el casco.
Koh Yo proponerle una cosa y poder ganarse diez libras que guardaba para entierro.
Avila ¿Diez libras?... ¡Aceptado sea lo que sea!
Koh Usted á mí darme un tiro...
Avila Duro es, pero, bueno.
Koh Yo mismo tiempo darle otro.
Avila ¡Ca, mister, que le den á usted los dos tiros!
Koh Ser bonita combinación.
Avila ¡Preciosa!
Koh Así valor ni faltarle á usted ni faltarme á mí.
Avila Me parece que sí que le voy á tener que faltar á usted.
Koh Acabe.
Avila ¡Que no, hombre, que no!
Koh ¡Oh, imbécil! ¡Su deber es pegarse el tiro! Estúpido, me ha hecho perder diez minutos. (Vase.)
Avila A donde quiere usted ir, siempre se llega á tiempo. ¡Vaya un tío tranquilo!... ¡Ah, por ahí habla gente! A ver si esto me resulta. (Se vuelve de espaldas al Casino y se apoya la pistola en la sien.)

ESCENA X

AVILA, MADAME TRAMPOLÍN, MONSIEUR PICHÓN y FIFÍ. Salen por el Casino

Pich. (A Fifí.) He perdido mil francos.
Fifí ¿Te pesan?
Pich. ¿Cómo me van á pesar si me he quedado sin ellos?

Fifí (Viando á Avila.) ¡Ay!

Tram. ¡Un suicida!

Pich. ¡Caballero! (Se acerca á Avila y le arrebata la pistola.)

Avila ¡Deme, deme usted esa pistola; necesito matarme!

Pich. ¡De ningún modo!

Fifí ¡Pobre hombre!

Avila ~~Es inútil que trate de impedirlo, inútil, se lo juro~~. Si no me da usted la pistola me tiraré al mar, tomaré fósforos... ¡Estoy decidido á morir!

Tram. ¿De veras?

Avila Nadie podrá impedirlo.

Tram. Si yo me atreviera...

Avila (Esta me va á dar dinero.)

Tram. Si usted se suicida ahorcándose y me lega la cuerda, yo sufrago los gastos del entierro.

Avila ¡Señora!

Tram. Es una superstición. ¡La cuerda de un ahorcado! ¡Mi ideal! ¡Ya no perdería yo nunca!

Avila ¡El que perdería sería yo!

Tram. ¿Me legará la cuerda? ¿Va usted á ahorcarse?

Avila No, señora, vaya usted...

Fifí Caballero, es que mamá...

Avila ¡Déjeme usted en paz!

Pich. Serenidad, reflexione usted...

Avila Dinero es lo que hace falta y no consejos. Deme usted el revólver.

Pich. Eso sí que no, mañana se lo daré á usted... Si no lo he tenido yo que utilizar... (Salen.)

Avila ¡Córcholis, estoy viendo que si doy otra representación al melodrama viene uno que me pega el tiro... Lo mejor es que le ponga una cartita al juez diciéndole que ¡me voy á suicidar, digo dónde, me retraso... Sí, ya tengo una idea. (Mutis derecha.)

ESCENA XI

DOÑA FLORINDA, CRUZ y PASTOR

Flor. (Saliendo.) Queda sentado, señor mío, que á pesar de su título de doctor en leyes domino los códigos Civil y Penal con mayor firmeza que usted.

Cruz Pero, mamá; si yo creo que no será preciso recurrir á ninguna violencia. Carlos me quiere y cumplirá su palabra.

Flor. ¡Ah, si yo hubiera tenido una madre para velar por mí y que hubiese conocido como yo los Códigos y las Siete Partidas, no me hubiera jugado aquella tan villana el infame que cautivó mi corazón haciéndome creer que era el autor de *El Anillo de hierro*! ¡Era de oro!

Pastor ¿El anillo?

Flor. Aquél anónimo granuja, caballero, para quién fueron mis primeras caricias. Hágame el favor de llamar á ese títere.

Pastor ¡Señora!

Flor. Sí, no crea usted que yo me chupo los pulgares. Se viene quedando atrás con fútiles pretextos temeroso de encontrarse á su tío yendo en nuestra compañía, y usted le hace señas con el pañuelo cuando juzga que no hay peligro.

Pastor Habrá sido casualidad.

Flor. Lo he observado bién. Ande, agite el pañuelo que le quiero poner un par de banderillas.

Pastor (Agitando el pañuelo que es de seda roja.) (¡Van á ser de fuego!) Le aseguro á usted, doña Florinda, que si yo he hecho así ha sido maquinalmente para dar al pañuelo un gracioso plegado antes de guardármele.

Flor. A ver si por temor al tío nos va á tener sin almorzar toda la mañana. Yo siento verdadera necesidad, porque no está reñido el honor con las ganas de comer. (Hacia la izquierda.) Vamos, hija, iremos viendo la lista.

Pastor Carlos tiene empeño en que almorcemos en Niza.

Flor. Usted, Pastor, siempre al quite. Ahí estamos en el restaurant. (Entra con Cruz por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

PASTOR, AVILA, CARLOS y CAMARERO

Pastor Este no me debe haber visto. (Se acerca al barandal y agita de nuevo el pañuelo.)

Avila (Saliendo por la derecha con una carta en la mano.) Ya está. Si el juez es hombre que sabe cumplir con su obligación, antes de diez minutos me coge santiguándome... Camarero, hágame el favor de un sobre. (Se va el Camarero que cruzaba casualmente.) Ahora, si es un tío de esos tranquilos, que los hay aquí lo mismo que en España, voy á tener que tirarme al mar para no aburrirme. (El Camarero le da el sobre.) Gracias. (Mete la carta en el sobre y se sienta para escribir con lapiz la dirección.)

Pastor (A Carlos que sale.) Chico, no he podido convencerla. Se ha metido en el restaurant y ha pedido el almuerzo.

Carlos (Viendo á Avila que está en el velador de la derecha y casi de perfil á ellos.) ¡Ah! ¡Mi tío!

Pastor ¿Aquél?

Carlos ¡Sí! (Muy apurado.)

Pastor ¡Pues sí que estamos frescos!

Carlos ¡Me deshereda si es que no me mata en el primer arrebato!

Pastor Mira, lo mejor es que le hables tú primero para prepararle.

Carlos Sí, es preferible... Entretenlas tú... yo veré como le preparo.

Pastor Suerte. (Mutis por la izquierda. Avila se levanta y dando frente á la derecha pega el sobre.)

Avila Ahora á hacerla llegar pronto á su destino.

ESCENA XIII

AVILA y CARLOS, después PASTOR

Carlos Dios mío, inspírame un par de frases de esas que llegan á un tío al alma. (Se acerca á Avila y por detrás le abraza bruscamente.) ¡Tío!

Avila — ¡Ah! ¡Socorro!

Carlos — Soy yo, tío. Le ví, me dió un salto el corazón .. (Se fija con detención en Avila.)

Avila — Pues el mío ha sufrido otro salto que ni el del Pasiego... Si llego á ser cardiaco está usted hablando en este momento con un cadáver.

Carlos — (Muy alegre.) ¡No es!

Avila — ¡Claro que no soy, pollo!... ¿Por quién me había usted tomado?

Carlos — Por mi propio tío. ¡Pásmese usted!

Avila — No, el pasmao es usted... Hay que ver que todavía me late. Se conoce que me ha mirado usted por el ojo sin lente.

Carlos — Nada, perdone usted, pero es que tiene usted un asombroso parecido con el duque de Puerta Cerrada.

Avila — ¡Ah! ¿Usted es?...

Carlos — Carlos Almagro y San Francisco.

Avila — Sí, sí... ¡Ja! ¡Tiene gracia! Yo el duque de Puerta Cerrada, ese hombre que tiene posesiones que ni siquiera ha visto. Ese tío... ese tío de usted al que le ponen al día sesenta cocidos! ¡Ja! Permítame usted que me ría, hombre...

Carlos — Pues el parecido es grande... Unicamente, aparte de la voz, que fué lo que me hizo fijarme, el bigote, que él lo lleva más hacia arriba; el monóculo, que nunca se le cae del ojo... Lo demás: el pelo, la expresión... Casi idéntico... Claro, le falta, y usted perdone, el tinte de distinción...

Avila — ¡Ay, caballero, si á mí me da usted el tinte pierdo parecido!

Pastor — Carlos, con permiso...

Carlos — Qué, ¿viene esa fiera?

Pastor — No, se está cegando con los entremeses.

Carlos — ¿Sabes que este señor?...

Pastor — Lo sé; me lo acaba de decir Eva y por eso vengo.

Avila — Es verdad, que Eva me ha dicho que viene con ustedes.

Carlos — ¿La conoce usted?

Avila — Ella fué la que me contó las grandezas de su tío y me ponderó su posesión de la provincia de Burgos. (Riendo.) Y los apuros de ustedes creyendo que su tío... ¡Ja! ¡Y el tío era yo!

Pastor No, el tío está efectivamente en Monte Carlo, y me acaban de decir que ha pedido el almuerzo y va á bajar al restaurant.

Carlos ¡Dios mío y ellas ahí!

Pastor Escucha, Eva me ha dado algunos antecedentes de este caballero y si tú y él queréis, podemos poner en práctica una maravillosa idea que se me ha ocurrido.

Carlos Dí; adivino algo.

Pastor El señor puede pasar por tu tío ante esa mujer. Se pone muy serio, os recrimina, la ofrece una indemnización pagadera en Madrid y la obliga á que se marche inmediatamente para España.

Carlos ¡Eso es admirable!... ¿Usted querría?

Avila ¿Yo? A mí me pone usted en cualquier país desconocido para que no me encuentre un bárbaro que me persigue y soy capaz hasta de comerme á esa señora.

Pastor No hace falta tanto. Basta conque consiga usted alejarla de aquí. Mire, dentro de cinco minutos sale un tren para Niza y andando deprisa se puede empalmar con el otro que la lleve al quinto infierno.

Avila No hay más que hablar.

Carlos El caso es que yo por el momento no tengo más que cinco luises... Luego, sí... Le daré á usted mil pesetas cuando termine de repre sentar su papel.

Pastor No hace falta más dinero por el momento. Ellas tienen sus billetes de vuelta y algún metálico. Usted exagera la dignidad y no las da un céntimo.

Avila Ah, usted no sabe lo que soy yo cuando me pongo digno. ¡Esas se marchan de aquí á pie y sin dinero!

Carlos Pues convenido.

Avila Convenido. Vengan esos cinco. (Carlos le da la mano.) Vengan esos cinco luises por si me hicieran falta.

Carlos ¡Ah, sí! Tenga... Ya sabe, en el momento que termine usted de ser el duque de Puerta Cerrada, mil pesetas. (Le da el dinero.)

Avila (Bueno, aunque no cumpla su palabra, en caso de apuro, esto empleado en ferrocarril me pone á mí á una respetable distancia de

la otra fiera.) Deme usted el monóculo, puesto que su tío...

Carlos (Riendo.) Tenga. Mi tío es muy serio respecto á moralidad. Un verdadero santo en sus costumbres y muy apegado á las rigideces inglesas.

Avila Descuide usted. Yo seré más enérgico que un casero del extrarradio, que es el inglés más fiero que conozco.

Pastor Cuidado que ya salen. Finja usted desdén. (Avila se vuelve con disciplicencia hacia la derecha.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DOÑA FLORINDA y CRUZ

Antes pueden haber salido algunos personajes de los que desfilaron anteriormente y estar sentados en las mesas ó contemplando el mar

Carlos (Saliendo con doña Florinda y Cruz.) Está furioso... Ha querido pegarme...

Flor En cuanto me vea á mí verá usted qué cambio... Haga la presentación.

Carlos Tío; doña Florinda Astrarena, viuda de Díez. Mi tío el duque...

Avila ¡Florinda!

Flor. ¡El!... ¡Tú!... ¡Duque!... ¡Ay! (Se desmaya.)

Cruz ¡Duque! ¡Mamá! ¡Ay! (Se desmaya también.)

Avila La hemos hecho. (En la izquierda se oyen voces y ruido de palos y bastonazos y vajilla rota.)

Voz ¡Socorro! ¡Que me matan!

May. (Dentro también.) ¡Granuja! ¡Ladrón!

Carlos ¿Eh? (Mira.) ¡Mi tío!... ¡Que matan á mi tío! (Vase corriendo. Confusión, carreras, etc., etc.)

Avila ¡El terremoto de la Martinica! Luises, ¿para qué os quiero? (Sale corriendo por la derecha. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en el piso bajo de la casa-palacio del Duque de Puerta Cerrada en Molinedo de Abajo, provincia de Burgos.

En el foro puerta y ventanal que dan á un jardín. Una puerta en la derecha y otra en la izquierda.

Los muebles son buenos, señoriales y antiguos. Habra grandes sillones de cuero, una mesa con patas torneadas y herrajes en el centro; otras más pequeñas y algún vargueño junto á las paredes. Sillas de talla, etc., etc.

En las paredes cuadros, retratos antiguos, algún tapiz y cerámicas.

Al levantarse el telón la escena está á oscuras. Por las rendijas de la puerta y maderas del ventanal del foro, se filtra vivísima luz del sol.

ESCENA PRIMERA

AVILA, REMIGIA y BELMONTE

Rem. (Dentro y en la derecha.) ¡Señor duque! (Pausa.) ¡Señor duque!

Bel. (Dentro, en el foro.) Señor... ¡Señor duque!

Avila (Asomando por la izquierda.) Eso debe ser por mí.. ¡Claro, en una noche no se puede uno acostumbrar al tratamiento. (Viene á medio vestir, dejando ver una camisa descolorida y remendada por los codos y espalda.)

Rem. (Dentro.) ¡Abra usté, señor duque!

Avila Voy, voy. Todas las precauciones son pocas

hasta convencerme de que esta gente no tiene la menor sospecha de que el Guadarrama se ha corrido á la provincia de Burgos. La verdad es que como glacial he batido el record á los ventisqueros... Pero, bueno, entre dejar la piel en Montecarlo ó esperar aquí tranquilamente á que me quiten el ducado de una bofetada, la elección no era dudosa. Mientras viene ó no viene la susodicha galleta, á comer y beber como un verdadero duque. Me puedo permitir todos los lujos en la desahogada posición que ocupo. (Descorre el cerrojo de la puerta de la derecha y entra Remigia, que es una mujer ya madura.) Pasa.

Rem. Buenos días, señor duque. ¿Ha descansado el señor duque?

Avila Como un príncipe.

Rem. Nos tenía muy intranquilos el señor duque.

Avila ¿He dormido mucho?

Rem. Más de diez horas, señor duque, y como tenía el señor duque esto tan cerrado y no respondía... (Abre las maderas del ventanal y el sol ilumina la estancia.) Si viera el señor duque lo intranquila que yo estoy desde que llegó anoche su excelencia.

Avila ¡Pues y yo!

Rem. Ese Sebastián es capaz de todo.

Avila ¿Sebastián?

Rem. (Que ha abierto la puerta del foro,) Chist, que está aquí Belmonte.

Bel. (Que es un zagalote muy vivo, entra en escena corriendo, cosa que hará en todas sus apariciones.) Muy buenos días. ¿Ha descansado el señor?

Avila Muy bien, Belmonte, muy bien.

Rem. ¿Toma desayuno el señor?

Avila Claro.

Rem. ¿Lo quiere ya?

Avila Sí.

Rem. ¿Le gusta el chocolate?

Avila Con bastantes tostadas, abundancia en la manteca y prodigalidad en la leche.

Rem. ¡Ay, gracias á Dios que puede comer el señor!

Avila Sí, hija, gracias á Dios.

Rem. Habrá pasao su excelencia muchas hambres en estos últimos años, ¿verdad?

Avila ¿Que... que si he pasado?... Pero bueno, ¿cómo sabes tú?...

Rem. Por don Luciano. El nos dijo que estaba el señor así del estómago y que no tomaba en todo el día más que un tantico así de pan y un vaso de leche.

Avila Y muchas veces ni aun eso.

Rem. Hay que ver, señor duque, hay que ver lo que habrá sufrido su excelencia pasando hambre con tanto dinero.

Avila Ya ves, cuando para pasar hambre no se necesita un céntimo. Anda, trae el chocolate, porque de acordarme se me despierta el apetito. Ah, y no prodigues las excelencias, porque tanto tratamiento me azara un poco.

Rem. Como su excelencia quiera, señor duque. (Mutis.)

Bel. ¿Y ya no tiene el señor que guardar régimen?

Avila Si tuviera que guardar régimen no estaba yo aquí. Verás, verás luego á las doce, porque supongo que se seguirá poniendo mi comida á las doce...

Bel. ¡Anda, no señor!

Avila ([redacted]) ¿No tengo yo mandado que ~~en todas mis posesiones~~ se ponga la comida como si yo estuviera?

Bel. Eso he oído.

Avila ¿Y por qué no lo hacen?

Bel. No sé... ¡Como el señor estaba á régimen!

Avila Sí, mientras yo no comía habrá engordado el administrador.

Bel. Por Dios, señor, no le diga usté que yo...

Avila Descuida.

Bel. Con el permiso del señor voy á decirle que ya está usté levantado.

Avila Anda. (Vase Belmonte corriendo por la derecha.)

Bel = Aquí está.

ESCENA II

DON LUCIANO y AVILA, al final REMIGIA

Luc. ¿Da el señor su permiso?

Avila Adelante.

Luc. ¿Ha descansado el señor?

Avila Perfectamente.

Luc. Temía que el señor extrañase la cama.

Avila Nada, ni la he extrañado ni ella me ha extrañado á mí.

Luc. (Riéndose falsa y exageradamente.) ¡Ah, que gracia! El señor sigue tan chirigotero. ¡Lo que yo me reía de pequeño con las bromas del señor!

Avila Sí, me persiste el buen humor, pero vamos, lo que he dicho...

Luc. ¿Lo de la cama? ¡Para desternillarse!

Avila En último caso será para tumbarse.

Luc. ¡Ah, para tumbarse!

Avila (¡Este tío es un sinvergüenza!)

Luc. ¡No, no puedo oir al señor sin reirme!

Avila (Si supiera que [redacted] no soy el duque no se reía ni aunque le hiciera cosquillas!) Como le dije á usted anoche, viajo de incógnito y quiero que mi presencia sea ignorada de todo el mundo.

Luc. Eso es imposible, señor. ¿Cómo quiere usted que en pueblecito tan pequeño como éste, donde todos los vecinos son colonos del señor, se puede ocultar la presencia del señor duque? Como aquí nunca pasa nada, como hace tantos años que el señor no viene... y dejó tantos recuerdos de su juventnd...

Avila Bueno, perfectamente, pero que no salga del pueblo.

Luc. ¿Y va á estar el señor mucho tiempo entre nosotros?

Avila Todo lo que pueda.

Luc. ¿Le envió al señor una carta mía don Pedro?

Avila ¿Qué don Pedro?

Luc. ¡El administrador del patrimonio!

Avila ¡Ah, sí! ...Es que yo le llamo Perico... y por eso no caía. Me la mandó, sí... Muy bien escrita.

Luc. ¿Me hace el favor de decirme el señor si me he quedado corto?

Avila Hombre... Le diré á usted... Ni corto ni largo...

Luc. Nada, nada; ya que ha venido el señor, de aquí no sale sin gastarse cinco ó seis mil duros.

Avila — Me parece muy difícil, muy difícil.

Luc. — Es preciso; esto se está hundiendo; la casa chica necesita también grandes reparaciones. Y de la iglesia no hablemos. Como no le prometa usted al señor cura hacer las obras va á poner el grito en el cielo.

Avila — Ya veremos, ya veremos. Ando tan mal de dinero...

Luc. — ¡Señor duque!...

Avila — Quiero decir que no he traído y si le pido á Perico, se enfada. Perico es así.

Luc. — No necesita el señor pedir fondos. Con emplear la recaudación de este mes, basta.

Avila — ¿Sí?

Luc. — El señor tiene aquí más de veinte mil pesetas.

Avila — ¿Dónde?

Luc. — Aquí, de lo cobrado ya. Si quiere, nos las gastaremos.

Avila — Claro que nos las gastaremos; no faltaba más.

Luc. — Entonces ¿se harán todas las reparaciones?

Avila — Todas.

Rem. — (Con la bandeja, conteniendo el abundante desayuno indicado.) Aquí está el chocolate, señor duque.

Avila — Ponlo ahí, ponlo ahí.

Rem. — Ahí está el señor párroco.

Avila — ¿El párroco?

Luc. — ¡Tiene unas ganas de ver al señor! Ya estuvo anoche.

Rem. — ¡Le quiere tanto! Le digo que entre, ¿verdad?

Avila — Sí, que entre.

Luc. — (Saliendo por la derecha.) Con el permiso de usted. (Avila trata de sujetar el monóculo.)

ESCENA III

AVILA y el PADRE MATEO

Mateo — (Por la derecha, dentro aún.) ¿Eh?

Rem. — (Dentro, gritando.) Que sí que está levantado.

Mateo — ¡Ah, ya! (Entra.) ¿Se puede?

Avila — Adelante, padre.

Mateo — Ven á mis brazos, chico, ven á mis brazos... ¡Qué viejo estás! (Abraza á Avila y despues de mi-

rarle le coge de una oreja.) ¡Venga usted aquí, granuja, granuja!

Avila (¡Ay, éste me ha conocido!)

Mateo ¡Yo le ajustaré á usted las cuentas, bribón!

Avila ¡Ay, no tire!... ¡Suelte usted!

Mateo (Soltándole.) Bien ¿y tú?

Avila (¡Caray, qué susto me ha dado el buen señor!)

Mateo Bribón, venir sin avisarme, venir sin avisarme. Tengo muchas ganas de que echemos un párrafo.

Avila (Sentándose ante el desayuno.) ¿Usted gusta?

Mateo Tengo muchas ganas

Avila (Llamándole la atención.) Pues ande; hay para los dos.

Mateo ¿Eh? Pero ¿es que vas á tomar todo esto?

Avila Sí.

Mateo ¿Ya no ayunas?

Avila Mucho, he ayunado mucho y ahora voy á desquitarme.

Mateo ¿Tú sabes el día que es hoy?

Avila (Ah, es verdad que es sábado de gloria)

Mateo Toma el chocolate sorbido, pero manteca y leche, de ningún modo. Me opongo, me opongo.

Avila (¡Sea todo por Dios!) (Se bebe el chocolate.) (¡Y con la cara que tenían las tostadas!) (¡Menos mal que he venido al terminar la cuaresma!)

Mateo Ahora te debías venir conmigo á la Iglesia como cuando eras pequeño; á voltear la campana grande cuando den las diez y á disparar cohetes y tiros desde la torrre.

Avila Hoy, no; el año que viene.

Mateo ¿Eh? Bueno; moja si quieres un pedacito de pan; pero sin manteca. Lacticinios, no, hijo.

Avila (¿Y en qué lo voy á mojar?) (Vuelve la taza vacía.)

Mateo *Appetitus, rationi páreat.* Y perdona, perdona estos latinajos vulgarotes á este pobre cura de misa y olla, tú que eres un latinista eminente. Sí, sí; de primera fuerza.

Avila Exageraciones de usted.

Mateo Guardo, guardo tus versos nada menos que entre las páginas de Horacio..

Avila ¡Oh!

Mateo — Pero, bueno, dime, ¿los años te han cambiado? ¿Vienes á este pueblo con las mismas de antaño?

Avila — No, no.

Mateo — *Agnosco véteris vestigia flammæ.*

Avila — No. *Musa muse et pulvis reverteris.*

Mateo — ¿Cómo? Repite. repite.

Avila — (Indicándolo también por señas.) Se lo escribiré.

Mateo — [redacted]

Avila — [redacted]

Mateo — Y ¿á qué vienes?

Avila — A... á hacer reparaciones.

Mateo — ¿Eh?

Avila — (Muy fuerte.) Reparaciones... A reparar todo lo viejo.

Mateo — ¡Muy bien, hijo mío, muy bien! Ahora te reconozco.

Avila — (Pobre viejo. ¡Ya ve su iglesia restaurada! Y se la restauro como me dejen aquí un par de meses.)

Mateo — ¿Me dejarás intervenir á mí?

Avila — Sí, claro.

Mateo — Me das la alegría más grande de mi vida. ¿Vas á ir por la iglesia?

Avila — Me quedo aquí; aquí.

Mateo — Yo me voy; estoy haciendo falta. Quiero, además dar la buena noticia á las personas que tú sabes. Adiós, hijo mío, adiós. (Le abraza.) De Sebastián, guárdate, guárdate, es la oveja descarriada.

Avila — (Pero ¿quién será ese Sebastián?)

Mateo — Hasta luego y que Dios te bendiga... ¡Qué alegría, qué alegría. (Mutis por la derecha.)

ESCENA IV

AVILA, después REMIGIA y BELMONTE

Avila — Es un bendito este pobre señor. Practicaré la santa máxima que dice: «Haz bien sin mirar con el dinero de quién.»

Rem. — ¿Me puedo llevar ya esto?

Avila — Sí, buena Remigia. El señor cura me ha recordado que era sábado de gloria y me he abstenido.

Rem. Es un santo el señor duque, un santo... Pero, bueno, debe usted tomar algo, porque hasta la hora de comer faltan muchas horas. Mire su excelencia... hoy ya nó es día de verdadera vigilia.

Avila ¿Nó?

Rem. Luego, en cuando esté el caldo le traeré una tacita.

Avila Muy bien... Oye, Remigia... Ese Sebastián, ¿es muy bruto?

Rem. No piense en eso su excelencia. Si el señor duque le hubiera dejao pudriédose en el presidio no tendría ahora que temer.

Avila (¡Repuñales, se trata de un presidiario!)

Bel. (Que entra corriendo.) ¿Puedo pasar, señor duque?

Avila Has podido, has podido.

Bel. Don Luciano me ha dicho que á la tarde tengo que ir á Burgos con el coche para traer varias cosas y que me diga el señor todo lo que quiere para apuntarlo.

Avila Muy bien pensado. Necesito un par de cajas de habanos, buen cognac y ropa... ropa. Remigia ¿tú sabes si yo me dejé aquí ropa la última vez que estuve?

Rem. Ropa blanca hay mucha; pero figúrese el señor cómo estará de amarilla. Tengo que repasarla.

Avila ¿Y trajes?

Rem. Yo de esó nó entiendo. Ahí, en la sala de las armas, hay dos armarios llenos... Desde luego convendría que su excelencia se pusiera algo de más abrigo porque aquí hace mucho fresco.

Avila No importa; á mí me gusta la frescura. ¿Están las llaves puestas?

Rem. Anoche las puse yo.

Avila Pues voy á ver qué hay en esos armarios que puede convenirme. Y tú trae todo lo que comprendas que me puede hacer falta y de la clase que quieras. Como yo nunca he pagado á los sastres no entiendo de precios. No te olvides de unas zapatillas y una gorra. (Mutis por la izquierda.)

Bel. ¿Estaba usté hablando con el duque de Sebastián el barbero?

Rem. ¿Y á tí qué te importa? ¿Tú qué sabes de eso?

Bel. Anda, parece que es un misterio. To el mundo sabe que ha jurao mil veces matar al duque como viniera por aquí.

Rem. También ese tié mucho pico.

Bel. Sí, sí, pico. Había que oirle anoche en la taberna. Y además está predicando á los trabajadores pa que se declaren en huelga y quemen la finca.

Rem. ¡Jesús!

Bel. Ese es más peor de lo que parece.

Rem. Como yo le decía al señor duque, si le hubiera dejao en presidio toa la vida...

Bel. Mire usté, tía Remigia, eso tampoco estuvo bien, hay que ponerse en todo.

Rem. ¿Tú qué sabes de eso?

Bel. Yo sé porque el mismo Sebastián el barbero me lo ha contao, que el duque le tenía miedo porque él le había jurao matarle por aquello de su novia y se aprovechó de la riña que tuvo Sebastián en la taberna pa influir con los jueces y que le echaran á presidio pa librarse de él. Y cuando el pobre Sebastián vino, se había quedao sin la barbería de su padre y sin ná.

Rem. ¿Y no te ha dicho que el duque fué tan bueno que influyó pa que le indultasen tres años y que le deja que tenga el prao de los nogales sin pagarle renta?

Bel. Por miedo. (Mutis. Foro.)

Rem. Vamos, calla, calla, y como yo sepa que hablas con ese bandido se lo voy á decir á tu padre.

Avila (Vuelve trayendo en la mano una trusa y una levita de esclavina.) Pero, oye, Remigia, hija mía, ¿es que crees que voy á representar *La Tempestad* ó *Don Juan Tenorio*? Porque eso es lo más moderno que hay en los armarios.

Rem. Como los señores siempre quisieron que se guardara la ropa que aquí fueron dejando los abuelos.

Avila ~~Poco~~ ¿yo no me dejé aquí nada? de ropa? Porque no he encontrado más que estas zapatillas y este batín.

Rem. Tengo idea de que el señor se lo dió todo á los pobres, pero no me acuerdo bien.

ESCENA V

AVILA, REMIGIA, LEOCADIA y ROSA

Leoc. ¿Se puede?
Rem. ¿Eh? (A Avila.) Ah, es la Leocadia.
Leoc. (Ruborosa.) ¿Cómo está el señor duque?
Avila ¡Hola! ¡Es Leocadia!
Leoc. ¡Qué pronto me ha conocido!
Avila. En seguida, en seguida.
Leoc. (Más cortada.) El señor cura me ha dicho... y por eso he venido... si no yo...
Rem. (Aquí sobra uno.) (Mutis.)
Avila Ah, yo me alegro mucho de verte, mucho: (Distraído se vuelve hacia la ventana ó examina la ropa que sacó.)
Leoc. (Después de ver que estan solos y la puerta cerrada.) Oye, Fernando, Fernandito...
Avila (Se vuelve y busca con la vista.) Pero, ¿venía también un niño?
Leoc. (Avergonzada.) Perdona... Perdone usted... Como estábamos solos, creía...
Avila ¡Ah! ¿era á mí?
Leoc. Yo le he tuteado como en otro tiempo...
Avila Has hecho bien, muy bien. Sí, tutéame. (Puede que hayamos jugado juntos.)
Leoc. ¡Ay, cuánto te lo agradezco! Ya ves venía temiendo que no me reconocieras.
Avila Sí, hija; ¿cómo no? En cuanto entraste se lo dije á Remigia, Leocadia.
Leoc. (Haciendo avanzar á Rosa.) Esta es Rosa. ¿No la quieres dar un abrazo? Anda, hija, anda.
Avila (Caray, ya lo creo, como que es de las de agárrame, que me desvanezco.) No un abrazo, sino veinte abrazos. Es muy guapa y muy recia, muy recia. (La abraza.)
Rosa ¡Padre mío!
Avila ¡Remuela! ¿Qué dice esta chica?
Rosa ¡Padre de mi alma! ¡Qué ganas tenía de conocerle!
Avila Pero, oye...
Leoc. Es Rosa, nuestra hija.
Avila (Y yo que creí que me tuteaba porque habíamos jugado.)
Leoc. Al verla, ¿no te ha dao un grito la sangre?

Avila — Sí, mujer; pero es que estoy algo sordo.

Leoc. — Mira, mira cómo se parece á ti, y sobre todo á mí.

Avila — ¡Las narices!

Leoc. — Y la frente, y la boca. ¿No te acuerdas de que así era yo? (Se acerca buscando un abrazo.)

Avila — (¡Los destrozos que hace el tiempo!)

Leoc. — Yo creí que me iba á morir sin volverte á dar un abrazo.

Avila — (¡Y te mueres, vaya si te mueres!)

Leoc. — Pero cuando el señor cura me dijo que habías venido á repararlo todo...

Avila — ¿Eh? ¿Te ha dicho que yo he venido?...

Leoc. — Sí, y que le habías encargado á él...

Avila — (¡Me ha perdido la sordera del pobre señor!)

Leoc — ¿[redacted]?

Avila — (¡[redacted])

Leoc — ¿Es que no es verdá?

Avila — Sí; pero, vamos, según lo que tú entiendas por reparación.

Leoc. — Ya, ya venía yo pensando que no te vas á casar conmigo... que eso es demasiado. Pero no te olvidarás de esta...

Avila — ¡Ah, no; eso no! Mira, me la mandas todos los días á que me dé un abrazo. (La abraza.)

Leoc. — Yo también vendré.

Avila — No. Lo podrían criticar... Pide el dinero que necesites... Dime en qué puedo favorecerte.

Leoc. — Si me atreviera á pedirte una cosa...

Avila — (¿[redacted]?) Di.

Leoc. — Es... es que no te vas á atrever.

Avila — Acaba, mujer.

Leoc. — ¿Te acuerdas del prado de los nogales, al lao de mi casa, donde estaba el banco en que me esperabas?

Avila — Del prado, del banco... como si los estuviera viendo.

Leoc. — Le tengo cariño... y me daría tan buena renta bien trabajao...

Avila — ¿Es que le quieres?

Leoc. — ¡Ay, si fuese mío!...

Avila — Pues tuyo es.

Leoc. — ¿No te importa quitársele al que le tiene?

Avila — No, hija.

Leoc. — Es que además vale mucho. Lo menos cincuenta mil reales y renta...

Avila ¿Y qué es eso para mí? Tú vivirás de la renta del banco.

Leoc. ¿Cómo?

Avila Del prado.

Leoc. ¡Qué bueno eres! Deja que te dé un abrazo.

Avila [redacted] No, eso no; hija mía. He hecho juramento. A ésta, sí. (La abraza.)

Leoc. ¿No te arrepentirás de lo del prado?

Avila No; ahora se lo diré á mi administrador, y tú puedes ir ahora mismo á tomar posesión de él.

Leoc. Ahora mismo; ya lo creo.

Avila (Abrazando á Rosa.) Adiós, hija, que vengas por aquí. (Nuevo abrazo.)

Rosa Adiós, padre mío.

Avila Adiós, hija de mi corazón.

(Vanse Rosa y su madre.)

¡Adios Leocadia!

ESCENA VI

AVILA; en seguida LUCIANO y luego MORROS y BRACEROS 1.° y 2.°

Avila Esto va teniendo más complicaciones de lo que yo creía. Acabo de llegar y ya tengo una hija. Ahora sólo falta que el buen párroco esté leyendo las amonestaciones, y mañana me case con ese esperpento. Yo soñaba con echar aquí raíces, pero, ¡rebote! no tanto.

Luc. (Muy apurado.) Señor, señor...

Avila ¿Qué pasa?

Luc. Lo que me estaba temiendo. Ya le dije á don Pedro que los braceros estaban muy descontentos, y, claro, en cuanto ha venido el señor, se han engallado y amenazan con la huelga y todas las violencias si no se les concede lo que piden.

Avila Hombre, la verdad, yo no me quiero meter en estas cosas.

Luc. Es que aquí una huelga...

Avila Sí; ya sé que las huelgas en Burgos son famosas, pero...

Luc. Ahí está una comisión que quiere hablar con el señor.

Avila Allá Perico, allá Perico.

Luc. Yo me permito aconsejar al señor que los reciba. Son muy brutos.

Avila ¡Pues sí que es un consejo!

Luc. Es que si el señor no los recibe y los promete algo, temo cualquier violencia, francamente.

Avila ¡Ah, pues entonces los recibo! Y se irán contentos. (A cualquier hora arriesgo yo la vida por pesetas más ó menos.)

Luc. Viene con ellos el Corro, un charlatán que le ha dado por el socialismo y el anarquismo, y como los ha calentado los cascos ese Sebastián de los demonios...

Avila (Pero, ¿quién será ese tío que me trae loco?)

Luc. Voy á decirles que entren. (Vase.)

Avila Yo, con habilidad, me tengo que enterar de quién es ese monstruo invisible que va á quitarme el apetito, que ya es quitar.

Mor. ¿Se pué?

Avila Adelante, hijos míos.

Mor. (Al Bracero 1.°) Pasa, Corro.

Brac. 1.° ¡Hum!

[redacted] Güenos.

Avila Pasad [redacted]s. Pasad.

~~(El Morros, que está descubierto, se cubre, y los otros, que tienen los sombreros puestos, se los quitan.)~~

Brac. 1.° ~~(Al ver que el Morros se pone el sombrero se encasqueta el suyo con rabia.)~~ ¡Hum!

Luc. ~~Cuidado que sois... Veis al señor duque descubierto y vosotro~~s...

Mor. ~~Como nos ha dicho~~..,

Luc. ~~Por eso precisamen~~te.

Brac. 1.° ~~(Quitándose el sombrero con más rabia que se lo puso.)~~ ¡~~Hum~~!

Avila ~~No; lo había dicho sin segunda intención.~~ Yo soy muy sencillo; ya me irán conociendo. Vamos, vamos, decidme lo que queréis.

Mor. (Al Bracero 1.°) Tú, Corro, que tiés más faciliá de palabra, díselo to al señor.

Brac. 1.° ¡Hum!

Mor. Anda, lo que venías diciendo.

Brac. 1.° Aquí se me añusda.

[redacted] Morros Te daba así...

Avila Bueno, que hable otro menos elocuente.

Mor. Güeno, misté... Ya se lo hemos dicho al señor administrador. Estos, los braceros y los pastores quien un real más de jornal, y nosotros, los que llevamos las tierras del río y somos unos probes, hogaño que to se ha helao, que nos rebajen algo, porque si no nos morimos de hambre.

Avila ¿De hambre dices? Aquí no se muere nadie de hambre mientras yo tenga que comer.

Luc. (Aparte á Avila.) Muy bien.

Avila ¿Habíais creído que yo era el amo odioso, ~~el sanguinario cómitre~~ con el látigo levantado siempre y dispuesto á descargarlo sobre vuestras espaldas~~, para que vosotros amarrados á las duras galeras de trabajo me rindiérais el sudor de vuestras frentes para acumular el oro que mis manos pródigas derrocharían en placeres? (Mirando á don Luciano después de terminar el párrafo que dice de latiguillo y con algún camelo.)~~ ¿Eh? (Echa un trago de leche.)

Luc. Muy bien, muy bien. Así, así.

Avila (Volviéndose hacia los obreros en actitud de orador de mitin.) Pues yo no soy el amo, os lo juro por ese sol que nos alumbra y fecunda con su calor nuestros árboles, nuestras huertas, nuestros viñedos...

Luc. (Aparte.) Al grano, al grano.

Avila Y nuestros trigos. ¿Vosotros creeis que la propiedad es un robo?

Mor. No; eso, no

Avila Pues sí; la propiedad es un robo; yo os lo aseguro. Yo no estoy tranquilo poseyendo lo que poseo, porque sé que en el fondo no me pertenece. ~~Yo vengo como heraldo del país más liberal del mundo, y como soy imparcial, os expongo el a b c del credo socialista para que entre nosotros haya la debida correspondencia. (¡Qué periodístico me ha salido el párrafo!)~~

Luc. ~~¿Veis lo que es el señor?~~

Avila Con veinticinco céntimos de aumento en vuestros jornales ~~no conseguiríais redimiros del purgatorio del trabajo;~~ no llegaríais al paraíso que soñais. Ese aumento sólo serviría para que saliéseis de aquí contando la

victoria sobre el patrono. Yo no os doy el real precisamente para que no salgais cantando; quiero que vayais al paraíso y os daré una peseta.

Brac. 1.º ¿Una peseta?

Avila Una peseta diaria y tendréis todo género de consideraciones. Y vosotros, mis arrendatarios modestos, este año no se os cobra nada.

Mor. Señor duque, es usté más güeno que el pan. ¿Lo ves, Corro?

Brac. 1.º ¡Hum!

Avila Ahora podéis ir á decir á vuestros compañeros lo que les concedo, y para festejar mi llegada, en la taberna os darán de beber todo lo que querais.

Mor. ¡Que viva muchos años el señor duque!

Avila ¡Y vosotros que me veais!

Brac. 1.º Señor duque, al que ahora diga de usté un tanto así, me lo como.

Braceros Y yo. (Se pone el sombrero con rabia.)

Avila Vamos, la primera copa la beberéis aquí conmigo. (Los empuja hacia la derecha y sale con ellos.)

Luc. (Al salir.) Se ha corrido usted un poco, pero se ha hecho el amo.

Avila Donde yo voy, me hago el amo; no lo dude usted. (Salen.)

ESCENA VII

FLORINDA, CRUZ y BELMONTE

Flor. (Por el foro con Cruz y Belmonte. Traen abrigos de viaje y sombreros con amplio velo.) ¿Por aquí, amable campesino?

Bel. Aquí creo que estaba, voy á ver.

Flor. No, no se moleste; ya le he dicho que somos de su entera confianza, como si dijéramos de la familia. No le avise, porque quiero darle una agradable sorpresa. Por eso le dije que nos guiara aquí sin previo aviso.

Bel. Bien, pero...

Flor. Tenga este reluciente Amadeo, distinguido fámulo, y compártale con el avispado zaga-

lillo que transportó nuestros equipajes desde la estación.

Bel. Muchas gracias, señoritas. (Esto me huele á lío. ¡Vaya un punto que es el duque!) (Vase por el foro.)

Cruz Mamá, esto me parece demasiado.

Flor. No olvides que estoy en mi casa.

Cruz Sí, pero...

Flor. Es que quiero evitar á toda costa que tu segundo padre siga empleando el procedimiento de resolver por pies las más graves cuestiones de familia. Cuando ha veinte años le requerí para que cumplimentase los compromisos jurados, echó á correr y no debió parar hasta que la suerte nos le deparó en Monte Carlo, y allí ya viste la vertiginosa carrera que emprendió. No estoy dispuesta á que nuestra próxima entrevista se celebre en el Celeste Imperio.

Cruz También tu desmayo fué bastante inoportuno...

Flor. Me parece, hija mía, que la cosa era para desmayarse. Creer que había sido una seducida por Garibaldi, y encontrarse con un duque.

Cruz Me parece que viene.

Flor. Pues ponte en esa puerta, que yo guardaré esta otra. (Ella se coloca hacia el foro y Cruz pegada á la pared de la derecha y entre el foro.) Llámale padre; eso le halagará.

ESCENA VIII

AVILA, FLORINDA y CRUZ

Avila Yo no sé cómo les preocupan á los patronos los conflictos obreros, cuando son tan fáciles de resolver. (Frotándose las manos.) Ahora á gozar tranquilo de la vida...

Cruz (Abrazándole por la espalda.) ¡Papá!

Avila ¡Ah!

Cruz No te asustes; soy yo, tu hija.

Avila ¡Su madre!

Flor. (Por el otro lado.) Aquí estoy.

Avila ¡Ay, ay!... ¡Esto es una pesadilla! ¡Ese bulto es una visión!

Flor. (Quitándose el velo.) ¿No me reconoces?

Avila ¡Sí, es una visión!

Flor. Vuelve, vuelve á la realidad. Soy yo, tu Florinda, la que tanto te amó.

Avila. Pero, ¿tú aquí? ¿Cómo sabias?...

Flor. Cuando volví de mi desmayo, Carlos, tu sobrino, había huído. Un caballero que nos acompañó á Niza nos dijo que tú habías tomado el tren que nos precedió. En cuanto llegué á Niza corrí á la estación é interrogué al empleado que despachaba los billetes. Le di tus señas y una espléndida gratificación, y recordó inmediatamente. Te había expedido un billete para la frontera y te había informado del itinerario más rápido y corto para llegar á Burgos. Cruz escribió á tu sobrino participándole nuestra marcha, y en el primer tren nos pusimos en camino.

Avila (¡Y luego hablan de la frecuencia de los descarrilamientos!)

Flor. ¿Es que te contraría mi llegada por ventura?

Avila ¿Por qué Ventura?

Flor. ¿Qué dices? Te hallo aplanado y algo incongruente. ¿Qué tienes R...? ¿Cómo te llamas verdaderamente, porque lo ignoro?

Avila Y yo.

Flor. ¿Ves, hija? Yo creo que la alegría de verme le ha hecho perder la razón.

Avila Mira, déjame... Vete, huye.

Flor. ¿Deliras? ¿Dejarte yo ahora? Tú, todo un duque de Puerta Cerrada, marqués de Cincovientos, de Castro-Pérez y de Vuelahalcón...

Avila Escucha, Florinda...

Flor. No, no; es preciso que cuanto antes repares la ligereza que cometiste conmigo y después pensaremos en mi hija... y en su boda con tu sobrino.

Avila ¡Florinda, por Dios!

Flor. Como Carlos no tiene ningún título y nosotros tenemos diecisiete, les podemos ceder el marquesado de Vuelahalcón que tiene grandeza. ¿No te parece? Porque como no es lo probable que nosotros tengamos sucesión...

Avila No; no es lo más probable.

ESCENA IX

DICHOS y DON LUCIANO

Luc. Señor duque, con permiso de las señoras. ¿Es cierto lo que me dice la Leocadia del prado de los nogales?

Avila Sí, señor administrador.

Flor. Ah, ¿es tu administrador? Dale orden para que nos alojen.

Avila (¡Si las alojasen dos balas!)

Flor. Necesitamos arreglarnos un poco y deshacer el equipaje.

Luc. Si le parece al señor, se pueden preparar las habitaciones de la biblioteca.

Flor. ¿Tenemos buena biblioteca?

Avila Sí, tenemos buena biblioteca... (Y tenemos muy poca vergüenza.)

Luc. Pasen por aquí las señoras. (Por la derecha. Hacen mutis.)

ESCENA X

AVILA

¡Dios mío, Dios mío, ~~qué mudables son los destinos de este mundo~~! Yo que soñaba con pasar aquí meses, tal vez unos años, por esa cotorra de museo voy á tener que abandonar este paraíso... No, Avila; no te acalores. Recobra tu habitual temperatura, que oscila entre los seis ó siete bajo cero, y aprovéchate de las circunstancias lo mejor que puedas. Aquí se puede vivir...

ESCENA XI

DICHO, AMALIA y PEPA

Amalia ¿Se puede?

Avila Se puede.

Amalia ¿Cómo está el señor duque?

Avila ¿Eh?
Amalia ¿Cómo está el señor duque?
Avila ¿Qué quiere, buena mujer?
Amalia ¿No me conoce usté?
Avila Sí... no...
Amalia Soy Amalia la molinera... El señor cura me ha dicho...
Avila ¡Remolino! ¿Otra?
Amalia Don Mateo me llamó á la sacristía para decirme que usté no se había olvidao de nuestra hija...
Avila (¡Qué barbaridá! Si este buen duque nace en Francia, le dan un premio... ¡Hay que ver qué tío!... ¡Y qué hijas! (Se fija en Pepa á la que abraza inmediatamente.) ¡Qué guapa, qué guapa!... Y fortachona...
Pepa (Dándole un fuerte empellón.) ¡Vaya, déjeme usté! ¡Qué tío!
Avila Padre, hija, soy tu padre.
Amalia (Asombrada.) ¿También de esta?
Pepa ¿Qué dice usté?
Avila Ah, ¿pero esta no es?...
Amalia No, señor duque, esta es mi sobrina, la hija de Paco el mayoral...
Avila ¡Ay, perdona, mujer, como venías con esta y tú decías que nuestra hija!...
Amalia Está en la cocina; la ha dao vergüenza pasar.
Avila ¡Y yo que quería darla un abrazo!
Amalia Como la probe perdió el ojo, pues tié reparo.
Avila ¡Ah! ¿perdió?...
Amalia Pa la Virgen hará dos años... Como tié la pierna asi, se cayó al cargar leña...
Avila ¿También es coja?
Amalia ¿No se acuerda el señor?
Avila Sí, sí; ya recuerdo... Pues dime qué puedo hacer por vosotras, porque tengo prisa.
Amalia Si el señor la quisiera dar para el dote...
Avila ¿Va á ser monja? ¡Bien hecho!
Amalia ¡Quiá, se quié casar con Julio el bizco!
Avila ¡Hombre, pues sí que voy á tener unos nietos para un concurso de belleza!
Amalia ¿La digo que entre á darle á usté un beso y un abrazo?
Avila ¡¡No!!.. Respeta sus caprichos... Don Lucia-

no os dará para el dote diez mil reales. Y tú, muchacha, perdona.

Pepa Yo venía con esta para decirle á usté que mi padre tié que verle pa no sé qué de las yeguas.

Avila Pues que venga cuando quiera.

Pepa Que usté lo pase bien, señor duque.

Amalia ¿Nos podemos quedar la chica y yo en la cocina hasta que pase Marcial con el carro y nos lleve al pueblo?

Avila Sí, mujer, sí; y que os den de almorzar.

Amalia Es que la chica se cansa, y como hoy andó tanto...

Avila Nada, nada; que descanse.

Amalia Usté lo pase bien. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XII

AVILA, después DON LUCIANO, á su tiempo REMIGIA y luego BELMONTE

Avila Pues señor, si el señor duque llega á venir por aquí con frecuencia, convierte esta región en la más poblada de España, porque es un tío de esos que hacen oscilar los censos.

Luc. Señor...

Avila ¿Qué?

Luc. Ya han quedado instaladas esas señoras.

Avila Esas señoras... Oiga, señor de administrador. ¿No me dijo antes que tenía veinte mil pesetas?

Luc. Largas, largas, y aun falta mucho por cobrar. Por eso no le envié las cuentas á don Pedro.

Avila Y ha hecho usted muy bien, pero que muy bien... Tráigame ese dinero y yo echaré cuentas. (Vase don Luciano.)

Rem. El caldito, señor, y que está que resucita á los muertos. (Da una taza á Avila y hace mutis.)

Avila Pues venga, porque conviene ser un vivo. (Cucharea el líquido para enfriarle.) Lo que voy á hacer es muy gordo, pero yo tengo que escapar de aquí sea como sea.

Bel. (Que entra corriendo como siempre.) ¡El juez!

Avila ¡Ah! (*Deja caer la taza.*) ¿El. . el juez?

Bel. Va para Villa Torres y se ha enterao de que estaba el señor... Pero, ¿se ha asustao usté?

Avila No, hijo, es que me quemaba. (La conciencia.)

Bel. Dice que va á levantar á dos que han asesinao anoche.

Avila (*Mirando los restos de la taza.*) (¡Qué lástima, porque estaba para resucitar á los muertos!)

Bel. Y que si el señor estaba ocupado que volvería luego.

Avila Bueno, sí, que vuelva.

Bel. (*Haciendo medio mutis.*) Muy bien. (*Vuelve corriendo.*) ¡Ah!

Avila (*Asustándose de nuevo.*) ¡Ah! (¡Caray qué niño!)

Bel. Esta carta que se me olvidaba. La trae el chico de la tabérna.

Avila Bueno, rico, bueno. Oye, como vuelvas á entrar aquí corriendo te voy á dar una puntera que te va á parecer que subes en aeroplano.

Bel. Descuide usté. (*Vase. Cuando ya ha desaparecido, aun da saltos Ávila de puro nervioso,*)

Avila Me ha puesto mas nervioso. (*Leyendo.*) «Es usted un canalla sin pizca de vergüenza»... ¿Quién me puede conocer á mí en este pueblo?... «Y ha llegado el momento de que me pague usted...» ¡Vamos, un inglés! ~~¿Hasta aquí van á perseguirme los acreedores?~~... ¿Y quién podrá ser? (*Vuelve la carta.*) «Sebastián.» ¡Sebastián!... ¡Ya pareció! Luego se dirige al verdadero duque que será el que pague... «Delante de ella, delante de los hijos de usted y de ella...» ¡Arrea! «Delante de todo el pueblo, delante de la Virgen, he jurao matarle á usted si alguna vez tenía el atrevimiento de venir...» ¡Ay, el que va á pagar, mejor dicho, el que va á cobrar, no es el verdadero duque, sino yo! «Y ha venido usted á insultarme con su presencia y á provocarme quitándome el prado de los nogales, esa limosna miserable...» ¡Anda, pues sí que la he hecho buena! ~~¡Los disgustos que le buscan á uno los hijos!~~ «Si es usted hombre, si no quiere volver á las cobardías de antaño, salga en seguida, cerca de la puerta del jardín le aguardo escondido. Yo llevo

pistolas para los dos y como hombres nos veremos las caras. Le espero. Sebastián.» ¡Pues sí que puedes esperar sentado! «Posdata. Si prefiere usted que uno de los míos le asesine, dé parte para que me lleven otra vez á presidio. Ahora no me la juega usted como entonces, señor duque; allá en Ocaña se aprende mucho. Salga si es hombre, que aquí nos esperan dos balas. Vale...» ¡Ay!... ¡A mí se me va la vista! ¡Un duelo con un pupilo de Ocaña!... ¡El asesinato si le denuncio! Ahora me explico por qué el benditísimo Duque no venía por aquí en veinte años. ¿En dónde me he metido yo? ¡Me río del laberinto árabe! (Se levanta de la silla en que se dejó caer y va tambaleándose hacia el ventanal.) Allí... con dos pistolas... y un tío paisano del Cid...

ESCENA XIII

AVILA, LUCIANO y BELMONTE

Luc. (Entrando con Belmonte que trae cuatro sacos que contiene cada uno mil duros en plata y otro un poco más pequeño.) Déjalo ahí sobre la mesa. (Belmonte deja los sacos y se va.) Aquí tiene el señor el dinero y las cuentas.

Avila ¿Eso? ¿Pero qué es eso?

Luc. Las veintidós mil seiscientas pesetas que van recaudadas.

Avila ¿En calderilla?

Luc. No, señor; en plata. Aquí circulan muy poco los billetes.

Avila (¡Cualquiera sale corriendo con ese lastre!... ¡Qué más quisiera ese presidiario!) (Se oye dentro la bocina de un automóvil. Enseñando un papel al administrador.) ¿Qué dice aquí?

Luc. Comida del señor duque, por el mes, doscientas pesetas. El cubierto que se pone al señor todos los días.

Avila (¡Y éste no está en Ocaña!)

ESCENA XIV

DICHOS y CARLOS

Carlos (Por el foro. Trae puestas las gafas de automóvil y calada la gorra.) Buenos días.

Avila ¿Eh?

Carlos (A don Luciano.) Haga usted el favor de dejarnos solos.

Avila ¡No, nos deje usted solos!

Luc. ¿Quién es usted, caballero?

Carlos (Descubriéndose.) Soy el sobrino del duque.

Luc. ¡Ah!

Avila (¡Este faltaba!)

Carlos Soy Carlos Almagro y San Francisco.

Luc. Sí, señor, sí; don Carlos... Aunque no le conocía personalmente...

Avila ¡Caramba, Carlitos!.. ¡No te había conocido!... ¡Con los deseos que yo tenía de verte! (Don Luciano inicia el mutis.) No, no se vaya usted, don Luciano... Es el administrador. Persona de confianza, ¿sabes?

Carlos (No muy alto.) Es usted el sinvergüenza mayor...

Avila ¡Ah, qué bromista! Bueno, váyase, vayase, don Luciano, y puede llevarse las cuentas y las veintidós mil pesetas. Está bien, está bien.

Carlos Pero ..

Avila Ocupándome de la hacienda, ¿sabes? Repasando las cuentas para que nadie me robe lo que con el tiempo será tuyo. ¡Bueno, Carlitos, bueno, qué alegría me das! (Habla hasta que don Luciano recoge las cuentas y el dinero y se va.)

Luc. Mucho gusto, señorito. (Mutis derecha.)

Avila ¡Quién podía esperarte por aquí!

Carlos ¡Basta, señor mío! Lo que usted hace pasa todos los límites de la frescura.

Avila Carlitos, poco á poco. Carlitos...

Carlos ¡A mí no me tutée usted!

Avila Bueno, [redacted], señor de Quevedo y Salamanca.

Carlos ¡Almagro y San Francisco!

Avila Usted perdone; había confundido el trayecto. ¿No habíamos quedado en que yo pasaría por su tío de usted?

Carlos Sí, señor; pero sólo un momento para librarme de las garras de una arpía; pero de eso a que en nombre de mi tío se presente usted en esta finca... ¡Vamos, que eso no se lo consiento á usted ni un momento más! ¡Qué frescura!

Avila Hombre, de frescura, allá, allá nos andamos.

Carlos ¡Caballero!

Avila Sí, señor; porque usted, porque representara la [redacted]a comedia que me propuso, me prometió mil pesetas. Cuando me las abone podemos parlamentar sobre eso de la frescura. Mientras tanto, yo sigo siendo su tío de usted.

Carlos ¡Ah, pues se las daré á usted y al momento saldrá usted de esta casa!

Avila (Mirando hacia el jardín.) (¡A que me las da y tengo que salir!)

Carlos (A la puerta de la derecha.) A ver, señor administrador.

Avila (¡Ca, á mí no me saca este de aquí como no sea con la guardia civil!)

Luc. ¿Qué quería el señorito?

Carlos Tiene usted ahí dinero de mi tío, ¿verdad?

Luc. Veintidós mil y pico de pesetas.

Carlos Deme usted mil.

Avila No, querido administrador, no. No le de usted nada.

Carlos ¿Eh?

Avila No lo consiento, sobrino, no lo consiento, vas á arruinarme. Nada, don Luciano, retírese.

Carlos Pero ¿es que se ha propuesto usted agotar mi paciencia?

Avila No... es que sigo siendo su tío de usted hasta que no me de las mil pesetas.

Carlos ¡Es que llamaré, diré que es usted un farsante!

Avila ¡Ca, señor de Pozas y Serrano!

Carlos ¡Almagro y San Francisco!

Avila Pues, ca, señor de Almagro y San Francis-

co, usted no faltará á su palabra, y si falta, á mí Chamberí por Hortaleza.

Carlos ¡Otra vez!

Avila No, ahora he querido decir, á mí Prim.

Carlos ¿Cómo?

Avila Que eso sería una felonía de usted cuando me dijo textualmente: Le daré mil pesetas cuando termine de representar su papel. Si comete esa felonía, lo probable es que aquí no le crean, y si le creen, se enterará su ~~verdadero~~ tío de que usted ha sido el inventor de la sustitución ~~y de los líos que la motivaron~~... y de la herencia, naranjas de la China.

Carlos Bueno... Pongámonos en razón... Yo le daré á usted las mil pesetas... dos mil, cuatro mil; las que quiera; pero salga usted inmediatamente de aquí.

Avila ¿A la carretera? ¡No!

Carlos Yo tengo ahí un auto, le llevo adónde quiera... ¿No sabe usted que van á venir aquí Cruz y su madre?

Avila ¡Ay, que van á venir!

Carlos ¿Lo duda usted? Me han escrito, le siguen creyendo el verdadero duque, por su carta supe...

Avila Pero, Carlitos, si ya están aquí.

Carlos ¿Dónde?

Avila Alojadas en las habitaciones de la biblioteca Han llegado en el expreso de hace media hora.

Carlos ¡Oh, y usted pasando por mi verdadero tío delante de esa gente!

Avila ¡Ja, ja! ¡Valiente sinvergüenza está su verdadero y ~~auténtico~~ tío!

Carlos ¿Eh? ¡Señor mío!

Avila ¿Sabe usted por qué no venía por aquí en veinte años? Porque se dejó treinta ó cuarenta hijos y un marido ofendido que está dispuesto á ponerle en pepitoria.

Carlos ¡Eso es una mentira! ¡Mi tío es la virtud misma!

Avila Eso será en Londres. Aquí, mire. (*Le da la carta.*) Y ahora va usted á conocer á una primita para que salga de dudas. (*A la derecha.*) Belmonte, chico, Belmonte...

Carlos (Leyendo.) ¡Qué barbaridad!

Avila (Al paño.) Di á esa muchacha que está en la cocina... Sí, á la hija de la Amalia, que entre.

Carlos ¡Esto no es posible!

ESCENA XV

AVILA, CARLOS y SERAFINA

Avila Pasa, pasa. ¿Te ha dicho tu madre quién soy yo?

Ser. (Que es coja, tuerta y muy fea.) Sí, señor; mi padre.

Carlos ¡Qué atrocidad!

Ser. Y qué quería usted, darme un abrazo.

Avila No, dásele á este señor que es tu primo; tu primo Carlos.

Carlos ¡Déjeme usted en paz!

Avila Abrázala, sobrino, abrázala. Es una de tus primitas.

Carlos Márchate de aquí, muchacha, márchate.

Avila Anda, vete con tu madre... y recuerdos al Bizco. (Vase Serafina.) ¿Lo ha visto usted? Bueno, pues esta es la tercera ó la cuarta que he descubierto en el tiempo que llevo aquí. A esta la he dado diez mil reales y á otra un prado...

Carlos ¡Eso no puede ser! ¿Adónde vamos á ir á parar?

ESCENA XVI

AVILA, CARLOS, FLORINDA y CRUZ

Flor. ¡Ah, Carlos!

Carlos ¡Esto faltaba!

Flor. Acabo de celebrar una larga conferencia con el señor párroco.

Avila ¿Con el sordo?

Flor. Sí, venía á verte y se encontró conmigo. Extrañose y todo se lo he confesado.

Avila ¡Dios mío, se habrá enterado todo el pueblo!

Flor. Un secreto de confesión...

Avila ¡Es que es un secreto á voces!

Flor. Esta situación ambigua no se podía mantener. La servidumbre hubiera murmurado...

Carlos Bueno, señora, déjeme usted un momento solo con... con mi tío. Tenemos que hablar.

Flor. Sí, sí; puntualicen las cosas. ~~Vamos, hija mía~~; entre tanto recorreré las dependencias de este palacio, que me agrada porque en él se encuentra una aislada del mundanal ruido. (Salen.)

ESCENA XVII

AVILA y CARLOS

Carlos Pero, ¿ha oído usted?

Avila Sí, sobrino; he oído, he oído.

Carlos ¡A mí no me llame usted sobrino estando solos ó no respondo de romperle á usted un hueso!

Avila Bien, bien; yo lo creía conveniente para irnos acostumbrando.

Carlos No tiene usted que acostumbrarse, porque esto se acaba ahora mismo.

Avila ¿Eh?

Carlos Va usted á llamar á ~~esa mujer~~, y por las buenas, por las malas, por dinero, como sea la hace usted salir de aquí inmediatamente, pero inmediatamente.

Avila ¿Que la eche? ¡Usted no la conoce!

Carlos Pero me conozco yo. Usted verá cómo se arregla. Yo estoy ahí. (Señala á la izquierda.) Y si dentro de un cuarto de hora no me dice usted que se han marchado, salgo y comienzo á tiros con usted, con ella y con todo el que se ponga por delante. (Muy enérgico.)

Avila Pero, hombre, escuche usted...

Carlos ¡Es mi última palabra! (Mutis por la izquierda.) ¡Ya lo sabe usted, á tiros!

Avila ¡Qué barbaro!... Bueno, la batalla de los Arapiles va á quedar á la altura de una riña de verduleras con lo que va á pasar aquí. (Al paño derecha.) ¡Florinda!... Yo procu-

raré que ellas se marchen, porque, efectivamente, aquí estorban, pero luego, el que no se marcha soy yo.

ESCENA XVIII

AVILA y DOÑA FLORINDA

Flor. ¿Reclamabas mi presencia?

Avila Sí.

Flor. Vengo de recorrer el ala derecha del edificio y su estado es ruinoso. Tendremos que hacer grandes reformas.

Avila Sí, es preciso levantar el ala.

Flor. ¿Cómo?

Avila Mira, luz de mis ojos... he pensado que aquí el escándalo... el qué dirán... Yo creo que te debías marchar...

Flor. ¿He oído mal? ¿Qué quieres decirme?

Avila Que... que tengo capricho de que nos casemos en la república Argentina y tú debías ir yendo para allá...

Flor. No prosigas, no pronuncies palabras de que luego te has de desdecir. De aquí no saldré más que para la iglesia, para la cárcel ó para el sepulcro... Ahí estoy... Medita un momento, y si no me llamas para jurarme que me darás tu mano, la tierna cordera se tornará en leona enfurecida... El crimen, el suicidio.,. Todo antes que renunciar á ser duquesa de Puerta Cerrada. (Vase por la derecha.)

Avila ¡Remuela!... ¡Pues sí que es una situación para un melodrama!... ¡De aquí no salgo yo vivo!...

Bel. (Siguiendo el mandato de Avila, entra muy despacio, de puntillas, y ofrece á Avila una carta. Avila no le ve, él se aproxima más y le dice casi al oído:) ¡Señor!

Avila (Asustándose.) ¡Ah!

Bel. ¡Señor, ahora he entrado despacio!

Avila Sí, hijo, sí. Trae. (¡Yo mato á este niño!)

Bel. Tenga usted.

Avila (Fijándose en la carta.) ¡Otra!... Oye, vas á contarme una cosa...

Bel. Perdone usté... [redacted] ahora volveré... [redacted]...

Avila ¿Y qué?

Bel. Que va á resucitar el Señor. (Sale corriendo.)

Avila (Dando vueltas á la carta.) ¡La misma letra! (La abre.) «Salga usted ó entro yo, Sebastián...» Bueno, ya no me queda más que rezar el yo pecador. (Un reloj lejano comienza á dar diez campanadas, é inmediatamente suenan numerosos disparos por la izquierda, por la derecha y por el foro. Avila corre de un lado á otro.) ¡Ay, Carlos!... ¡Ella!... ¡El presidario!... ¡Socorro! (Se cae; vuelve á levantarse; cree que está herido; vuelve á correr, y, por último, cae desmayado. En este momento, á lo lejos, se deja oir el alegre repique de las campanas tocando á gloria.)

ESCENA XIX

AVILA, CARLOS, FLORINDA, CRUZ; después, DON LUCIANO; luego, REMIGIA, y, al final, el MORROS, BRACEROS 1.° y 2.°, y, con ellos, todos los mozos posibles

Carlos ¿Qué pasa?... ¡Eh! ¡Herido!

Flor. ¡Ay!.. ¡Herido! ¡Socorro!

Cruz ¡Agua, agua!

Luc. ¿Qué pasa?

Flor. ¡Herido, herido, el señor duque!

Luc. ¡Señor!

Rem. ¡Señor de mi alma!

Avila (Recobrando la razón.) Re... mi... la... ¿Quién ha tirado?

Rem. Los mozos, señor, porque ha resucitado Dios.

Luc. ¡Si son más brutos!... Pero ¿no está usted herido?

Avila Ay... yo creo que no...

Rem. Beba usted agua, señor...

Avila (¡Sí que ha sido un susto para quitar el hipo!) ¡Ay!

Mor. (Dentro.) ¡Viva el señor duque!

Luc. ¿Qué es eso? (Va á verlo.)

Carlos ¿Quién grita?

Luc. Son los trabajadores.

Avila ¡Ah, mis obreros, mis buenos obreros! Que pasen.

Carlos (Aparte á Avila.) ¿Se ha olvidado usted de lo que le he dicho? O esto termina ó hablo delante de todos.

Mor. (Entrando.) ¡Viva el señor duque! (Entran los demás.)

Avila Gracias, hijos míos, gracias. ¿Estáis contentos de mi visita?

Mor. ¡Ya lo creo!

Avila ¿Estáis dispuestos á defenderme, ~~si alguien intentara algo contra mí~~, si alguien se atreviera á echarme de esta casa? (Marca mucho las palabras mirando á Carlos.)

Mor. ¿Qué dice el señor? ¡Al que se atreva ni á mentar al señor duque!...

Brac 1.º ¡Yo lo machaco!

Todos ¡Y yo, y yo!

Avila (A Carlos.) ¿Eh? ¿Qué tal?

Carlos (¡Tengo tío para toda la vida!)

Mor. El señor duque es un santo. El señor duque es el padre de todos nosotros.

Avila ¡Puede que no hayas dicho una tontería!

Todos ¡Viva el duque!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Vestíbulo ó portalón de la antigua casa-palacio ya mencionada. En el foro puerta grande por la que se ve un amplio jardín. En la izquierda el arranque de una escalera. No necesita verse de ella mas que dos ó tres peldaños; todo el tramo queda embutido en la pared. En la derecha, dos puertas. El mobiliario consiste en algún arcón, bancos de recibimiento y sillas volantes. Hay cuadros, armas y tapices, deteriorados y descuidados. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ÁVILA. Aparece en el jardín regando unas macetas colocadas frente al portalón. Viste cómodo y flamante traje de casa; lleva zapatillas y gorra

«Tengo un jardín en mi casa que es la mar de rebonito»... (Hablando con Cruz que se supone está asomada á un balcón del piso superior.) Hola, hija mía. ¿Has dormido bien? (Después de escuchar la respuesta.) Yo, divinamente; mejor que una mamá en un gabinete de Fornos... ¿Carlos? No sé si se habrá levantado. Aún no le he visto. (Mirando hacia el extremo opuesto de la fachada.) Tiene cerradas las ventanas de su alcoba... Es muy dormilón, muy dormilón. Me tiene muy disgustado la continua pereza de este chico. Yo no sé á quien ha salido... ¡Ah, sí, tu mamá! Se me había olvidado preguntarte por tu mamá!... ¡No, mu-

jer! Ya ves tú si la tengo presente; demasiado presente!... Como que no se me marcha un momento de la imaginación... No se me marcha... No, pues no la he visto, y estoy levantado hace más de media hora... ¡Pues baja!... ¿Y quién te va á ver aquí? Baja y luego terminarás de vestirte. Aquí estás en tu casa tanto como yo.
(Sigue con la regadera á la par que canturrea el himno de Riego.)

ESCENA II

ÁVILA y CRUZ. Después CARLOS

Cruz (Por la escalera. Viste pijama de toilette.) ¿Dónde estás, papaíto?

Avila Aquí.

Cruz Verdaderamente es delicioso el campo.

Avila Mucho, ~~mucho; á mí me está sentando admirablemente~~. En los cuatro días que llevo aquí me parece que he aumentado cuatro kilos. ~~Me pesa no haber venido antes.~~

Cruz (Riendo.) Las inglesas te estaban dejando en los huesos.

Avila ¡Ah! Pues, ¿y los ingleses?

Cruz Ahora, en cuanto se levante Carlos, me vestiré y voy á decirle que me lleve á dar un largo paseo en automóvil. ¿Vendrás tú?

Avila No, hija; á mí el viento de la carretera me hace mucho daño.

Carlos (Por la primera derecha.) Buenos días.

Cruz ¡Vaya unas horas de levantarse en el campo, caballerito!

Carlos Hola, Crucecita.

Cruz Tenemos muy poca vergüenza.

Avila Sí, sí; tenemos muy poca. ¿Te has olvidado del refrán que dice: «Al que madruga Dios le ayuda.»?

Cruz Y te has olvidado de dar un abrazo á tu tío.

Avila Es un descastado... ¡Luego querrá que le tenga presente á la hora de entregar mi alma á Dios!

Cruz ¡Anda, hombre!

Carlos ¡Querido tío! (Le abraza brusca y fuertemente.)

Avila ¡Ay! ¡Caramba! ¡No aprietes de ese modo!

Carlos Es que le quiero á usted á matar.

Avila Pues procura no estrechar tanto los lazos de familia. (Se va hacia el jardín y Carlos habla con Cruz.)

Carlos ¿Por qué no te asomaste anoche á la ventana?

Cruz Te oyó mamá tirar piedrecitas y cerró los postigos.

Carlos Pero, ¿es que tu madre se ha propuesto que yo pierda la paciencia?

Cruz Déjala, hombre. Dice que los criados pueden murmurar; que no es distinguido que hablemos por las ventanas estando juntos todo el día.

Carlos ¡Pero con ella presente!

ESCENA III

DICHOS y DOÑA FLORINDA

Flor. (Por la escalera. Trae puesta una blusa de dril y en la mano un tiento y dos pinceles largos.) Cruz, hija mía, te tengo vedado que salgas en pijama de tus habitaciones.

Carlos Déjela usted que haga lo que quiera.

Flor. Muy felices días, Carlitos; perdone usted que haya antepuesto la censura á la salutación; pero es que hay que tener presente que estos sencillos pueblerinos desconocen los usos y costumbres de las grandes capitales y pueden juzgar muy censurable que una muchacha deambule por la casa de esa guisa.

Avila (Qué entra.) Déjala; está así monísima, y yo la he autorizado para bajar.

Flor. Muy felices, Fernando. Has hecho mal, muy mal. Ayer mismo te negué la entrada en la biblioteca porque me hallaba en ese semimasculino traje.

Avila ¡Ah, pues hiciste muy bien!

Flor. Me parecía muy feo que me vieses así.

Avila ¡Horrible!

Flor. Vamos, Cruz; vé á terminar tu tocado.

Cruz (A Carlos.) En seguida bajo. (Mutis por la escalera.)

Carlos ¿Qué hace usted con esa blusa y esos pinceles? ¿Está usted pintando?

Flor. Mi disposición para las bellas artes es enciclopédica; lo mismo hago literatura que compongo música, que esculpo. (A Avila.) ¿No recuerdas el retrato al pastel que te hice el 6 de Enero del 88?

Avila ¡Ah, era un pastel, chico qué pastel!... Parecía una torta. Por eso me lo regaló el día de Reyes.

Flor. ¡Ah, me abrumas con esas chabacanas jocosidades!

Avila Bueno, ¿y qué pintas?

Flor. He visto que el tiempo y la humedad han producido lamentables resquebrajamientos y desconchones en los magníficos frescos de la biblioteca y me ocupo en restaurarlos.

Carlos (¡Qué atrocidad!)

Avila (¡Pues sí que están frescos!)

Flor. He suspendido mi trabajo porque te necesitaba.

Avila ¿A mí?

Carlos Le necesitaría á usted como modelo para los frescos.

Flor. No, se trata de una cuestión de heráldica. Se ha desprendido por completo la capa de los rincones y se han perdido los escudos. ¡Ay, usted perdone, Carlos; por poco le saco un ojo con el tiento!

Carlos No, no ha llegado á tocarme.

Flor. Dime, Fernando. ¿Qué hay en los cuarteles?

Avila Tropa, mucha tropa.

Flor. Me refiero á los cuarteles de nuestros escudos.

Avila ¡Ah, de nuestros escudos!

Flor. He podido reconstituir tres; pero me falta el cuarto. El cuarto tiene una llave, ¿verdad?

Avila Sí; y un cerrojo.

Flor. ¿Es chanza?

Carlos Sí, señora. Sólo tiene una llave en sentido vertical.

Flor. ¿Alude á la conquista de Granada?

Avila No; es el emblema de un antepasado nuestro que fué alguacilillo en tiempos de Felipe II.

Flor. (A Carlos.) ¿De modo que una llave? Sí; ahora recuerdo haberla visto en las tallas de las sillerías.

Avila Sí, hija; en todas las tallas hay una llave.

Flor. Oye, ¿el campo de la izquierda es de gules?

Avila No sé; si quieres, ponle de coles.

Flor. ¡Oh, imposible, imposible! Bien estaría en ti una sal ática, una fina ironía, una sátira juvenalesca; pero este continuo y fácil juego del vocablo, verdaderamente me exaspera. (Mutis por la escalera.)

Avila Anda, anda, que el cuartel te reclama.

ESCENA IV

ÁVILA y CARLOS

Avila Esta señora es para un pim, pam, pum. (Coge la regadera.)

Carlos Pero, ¿qué está usted haciendo?

Avila Regando esos rosales. Son de una raza gigante. Durante dos años hay que cuidarlos bien en macetas, pero luego se trasplantan y se ponen hermosísimos. Voy á ver si no se pierde ninguno para cubrir aquel cenador de junto á la fuente. Dentro de cinco ó seis años estará que dará la hora.

Carlos ¡El que da la hora es usted!

Avila Sí; pero sin cuarto, sin cuartos. No me pidas más que estamos gastando demasiado. (Medio mutis.)

Carlos ¡Venga usted acá, que esto no puede seguir así!

Avila Hombre, á mí me parecía que se encontraba usted muy á gusto con Cruz.

Carlos Sí; pero cuando desaparezca el calvario de la madre, que ha tomado con tal seriedad lo del matrimonio, que ya ve usted que no nos deja ni hablar á solas. ¿Ha encontrado usted algún medio para que nos libremos de ella y salgamos de aquí?

Avila He comenzado á darle coba para que aprenda á guiar el automóvil.

Carlos ¡Eso no, que es prestado!... Además, ésta es de las que sólo se rompen un hueso.

Avila ¡Pues como no probemos con la aviación!...

Carlos No lo tome usted á broma. Aquí no podemos seguir. Nos exponemos á que mi tío se entere... Además, yo necesito volver á Montecarlo, verle...

Avila Ya le he dicho á usted que yo á la carretera no salgo.

Carlos Ese hombre ya no se acuerda; no ha vuelto á escribir.

Avila Sí, sí; fíate de la Virgen... Por lo pronto, voy á hacerle donación del prado de los no gales.

Carlos ¡Se libraría usted muy bien!

Avila ¡Pero si su tío de usted se lo dejaba usufructuar!

Carlos Sí; pero ahora esa donación supone decirle que se le tiene miedo.

Avila A mí no me gusta ocultar las cosas.

Carlos Mi tío no puede ser un cobarde.

Avila Pues yo no puedo ser un valiente.

Carlos Yo le repito á usted que no estoy aquí ni un día más.

Avila No me opongo; márchese usted, las cosas se pueden arreglar á gusto de todos.

Carlos ¡Es usted capaz de hacer perder la paciencia á un santo!

ESCENA V

DICHOS y CRUZ

Cruz (Por la escalera. Viste sencillo traje de mañana.) Ya estoy vestida; vamos á dar un paseo por el jardín.

Carlos No; saldremos en el auto.

Cruz No; se lo he dicho á mamá y se opone terminantemente como no nos acompañe.

Avila Yo voy á tomar mi desayuno. (Mutis por la derecha.)

Carlos Ya no quiero ni discutir las ridiculeces de

tu madre; pero lo que no tolero es que tú te prestes á semejantes cosas.

Cruz Tonto, déjala; muy pronto nadie mandará en nosotros. Anda, vamos á coger unas flores para adornar el centro de la mesa.

Carlos Escucha, Cruz...

Cruz Anda, que ya sabes que tu tío dice que está acostumbrado á comer rodeado de flores.

Carlos (¡Claro, como que comía en un banco del Retiro!)

Cruz ¿Vamos?

Carlos Sí, hija; tratándose de mi tío... ¡Figúrate! (Vanse por el foro.)

ESCENA VI

LUCIANO, BELMONTE y REMIGIA

Luc. Oye, Belmonte...

Bel. (Foro.) Mande usté.

Luc. Esto está muy desordenado.

Bel. Como el señor Duque se levantó tan pronto...

Luc. Anda, llévate esa regadera y llama á Remigia para que quite el polvo.

Bel. En seguida. (Vase.)

Luc. Daos prisa, que ya sabeis que al señor Duque le gusta pasar aquí la mañana. (Vase.)

Bel. (Volviendo con Remigia.) Que limpie usté tó esto antes de que venga el señor.

Rem. (Quitando el polvo á los muebles y poniéndolos en orden.) ¿Vas á ir también hoy á Burgos con el carro?

Bel. Sí; tengo que cambiarle al Duque unas botas y comprarle la mar de cosas.

Rem. Luego te daré una botellita para que me traigas aguardiente, que el del pueblo es muy malo. Tengo una muela que no me deja dormir.

Bel. Ya sé quién dice usté.

Rem. Oye, oye; no te vayas á pensar que yo...

Bel. No, si ya sé que está usté sufriendo de las muelas desde que las echó... ¡y contra menos le quedan á usté más le duelen! Debía uste aprovechar pa sacárselas antes de que sé marche Sebastián, el barbero.

Rem. ¿Se va á marchar?

Bel. A las Américas; pero dice que antes tié que hablar con el señor Duque.

Rem. Sí, en seguida va á querer el señor Duque hablar con semejante pájaro... Tanto que iba á hacer, que iba á acontecer... Ya te he dicho siempre que el barbero tenía mucha lengua.

Bel. Sí, sí; cualquiera se fía. Está achicao por lo que está achicao, pero...

Rem. Anda, que ya viene la señorita. (Dan los últimos toques á los muebles y vanse.)

ESCENA VII

CRUZ, CARLOS y AVILA

Cruz (Desde el foro, dentro, dirigiendo la voz y la mirada hacia arriba.) ¿Bajas á tomar el desayuno?... Bueno. (A Carlos.) Quiere que subamos á tomarlo en la biblioteca para no abandonar su trabajo. (Entra trayendo un brazado de flores y comienza á subir la escalera.)

Avila (Que sale por la derecha fumando un magnífico cigarro puro, se sienta indolentemente en una butaca.) ¿Has cogido muchas flores?

Cruz Para adornar la mesa y tus habitaciones; ¡como te gustan tanto!

Avila ¡Oh, eres un modelo de hijas!... Ahora veo que la familia proporciona inefables placeres. (A Carlos, que entra.) Mira, Carlos, mira qué bonita está así tu prometida con las flores al pie de la escalera. Estoy por pedirle á tu mamá los pinceles para hacerte un retrato.

Cruz ¡Qué papá este! ¿Subes, Carlos? (Desaparece por la derecha.)

Carlos Ingenie usted el modo de que salgamos de este...

Avila ¡Y dale! Qué pesadez.

Carlos Usted me tiene cogido por todos lados; pero si yo me canso...

Cruz (Dentro.) ¡Carlos!...

Avila Anda, sobrino, anda; no hagas esperar á las damas.

Carlos ¡Le tengo prohibido que me llame sobrino!

Avila — Yo vivo aquí un par de años ó el Duque se entera de todo, y además, esta gente arma una revolución.

Carlos — ¡Qué tío!

Avila — ¡Le tengo á usted prohibido que me llame tío!

Cruz — Pero, ¿subes, Carlos?

Carlos — ¡A usted hay que dejarle ó matarlo! (Mutis.)

Avila — Opto por lo primero.. Este acabará por pedirme que no me marche nunca.

ESCENA VIII

AVILA y BELMONTE

Bel. — Señor Duque...

Avila — ¿Qué quieres?

Bel. — Pues... pues... el barbero... que ha venío dos veces y se empeña en que quiere ver al señor.

Avila — ¡Ah! ¿el barbero? Muy bien; que pase aquí.

Bel. — (Muy extrañado) ¿Que pase aquí?

Avila — Sí, hombre, sí; ¿por qué no?

Bel. — Pero...

Avila — Anda, hombre, que entre; me alegro de que venga.

Bel. — Bueno, bueno... (¡Es templao!)

Avila — (No había yo caído en que habiendo barbero en el pueblo no tenías que desollarme tú.)

ESCENA IX

DICHOS y SEBASTIAN

Bel. — Pasa.

Seb. — Está bien. (Secamente y con recelo.) Buenos días. (Se queda en la puerta.)

Avila — Pase usted, pase usted. Me alegro mucho de que se le haya ocurrido venir. (A Belmonte, que se ha quedado en la puerta lleno de asombro.) ~~Bueno, Belmonte, te puedes marchar.~~

Bel. — (¡Qué valor tiene! ¡Y luego decían!) (~~Mutis.~~)

Seb. — Esos no me querían dejar entrar ni avisarle á usté.

Avila — Es natural; el deseo de adularme, de hacerse los indispensables.

Seb. — Les he hecho ver que sólo venía pa que hablásemos y que no traía ninguna herramienta. (Le golpea los bolsillos.)

Avila — ¿Y á ellos qué les importará? Todo es por ese Belmonte, que se pasa de solícito. Bueno, pues ya que ha venido usted va á afeitarme.

Seb. — ¿A afeitarle?

Avila — Sí. Otro día me cortaré el pelo.

Seb. — Pero, bueno, ¿es que está usté de broma?

Avila — No, hombre; ¿por qué?

Seb. — ¿Que yo le afeite á usté?

Avila — Qué, ¿tiene usted la mano muy dura?

Seb. — Señor duque, mire que...

Avila — Nada, nada; usted pondrá cuidado. (Llamando.) ¡Belmonte!

Seb. — (¡Este tío quié echárselas de valiente!

Avila — Aquí hay buenas navajas; con las que me afeita Belmonte; pero crea usted que me saca el pellejo. (Entra Belmonte.) Mira, tráete las navajas, el suavizador y todos los chismes de afeitar que has llevado á mi alcoba.

Seb. — ¿Qué?... ¿Se va usté á afeitar?

Avila — No; me va á afeitar el señor. Anda.

Bel. — (¡Ave María Purísima!) (Vase.)

Seb. — ¿Es que quiere usté demostrar que es un valiente?

Avila — Vamos, vamos; no exagere usted más. ¿Es que va usted a degollarme?

Seb. — (¡Mi madre!)

Avila — Un mal rato se pasa pronto.

Seb. — (¡Lo que ha cambiao!)

Avila — Si aquí no está usted cómodo, pasaremos a mis habitaciones; pero creo que están limpiando.

Seb. — Señor duque... Mire usté... Mire usté que estoy muy nervioso.

Avila — (¡Caramba, qué modestia! Si supiera que algunas veces me he afeitado cara al sol, no tendría tantos escrúpulos.)

Bel. — (Con todos los útiles de afeitar.) Aquí está todo.

Avila — Pues ponlo ahí en esa mesita.

Bel. — ¿Me quedo?

Avila — ¿Para qué?

Bel. ~~(¡Cuidado que se necesita valor! Cuando yo lo cuente no lo van á creer.)~~ (Mutis.)

Seb. Bueno, señor duque... Ya está bien.

Avila ¡Caray, aféiteme usted; se lo mando yo!

Seb. (¡Ná, que me quié demostrar que no me tié ningún miedo! ¿Me habré equivocao?)

Avila No sé si las navajas cortarán bien.

Seb. (¡A ver si se achica!) Están que cortan un pelo en el aire. ¡De un tajo se pué rebanar una caeza!

Avila Siempre se exagera. ¿Estoy bien así? (Se coloca en posición conveniente, con la cabeza muy inclinada hacia atrás.)

Seb. (¡Rediez, qué tío más tranquilo!)

Avila ¿Quiere usted que me desabroche el cuello para que quede el pescuezo más libre?

Seb. (¡Mi madre, este tío no es el de antes!)

Avila Ande, hombre, ¿qué aguarda usted?

Seb. ¿Quié usté que hablemos, señor duque?

Avila Bueno; pero aféiteme al mismo tiempo.

Seb. (¡En mi vida he visto un tío más templao! Y que no tengo más remedio que afeitarle pa que no crea que soy yo el que le tiene miedo.) (Le da jabón.)

Avila Hable, hombre; le he dado antes permiso para hablar. ¿Es usted ~~gallista~~ ó belmontista?

Seb. Donde yo *he veraneao*, ya sabe usted que no hay toros.

Avila (Se conoce que veranea en ~~Francia~~.)

Seb. Allí no hay más que fieras.

Avila (¡Ah, pues debe ser en Africa!)

Seb. Mire usté, señor duque; allí he aprendío á respetar á los valientes, pero á los valientes de verdad. Yo á un cobarde le mato como á un perro, sin mirarle. A un valiente le guardo todas las consideraciones que se merece. ¿Me entiende usté?

Avila Muy bien. (¿A qué me contará á mí todo esto? Debe estar chalao.)

Seb. Si usté hubiera sido un cobarde, como yo creía, á estas horas estaba usté disecao.

Avila (¡Ay, este hombre está loco!)

Seb. Pero usté me ha resultao un valiente y eso le ha salvao; na más que eso.

Avila (¡En qué manos me he puesto! Como le lle-

ve la contraria ó se enfurezca, me siega la cabeza.)

Seb. Lo que usté hace no se hubiera atrevido á hacerlo, ni el Pernales, y el señor duque disimule la comparación.

Avila (¡Ay, que no note que tengo la carne de gallina, porque me degüella!)

Seb. Aquí tié usté un cañón levantao.

Avila (¡Ay, me lo ha notao, me lo ha notao!)

Seb. Conste que estaba, que á mí no me tiembla el pulso.

Avila ¡Ni á mí, ni á mí!

Seb. Ya, ya; pero si usté es un valiente, Sebastián el Barbero también tié fama de serlo.

Avila (¡Ay, es él!... ¡Sebastián!... ¡Mi verdugo!)

Seb. ¿Le hago á usté daño?

Avila ¡No!... Si tiene usted una mano que es un guante... Si da gusto afeitarse.

Seb. Comprenderá usté que esto que hay entre nosotros tié que terminar.

Avila (¡Dios mío, por qué no nacería yo barbilampiño!)

Seb. Yo he venío pa que termine hoy mismo y pa siempre.

Avila (¡Señor mío Jesucristo!)

Seb. ¡Levante usté la cabeza!

Avila ¿La cabeza?... (¡Ay, ahora es cuando me la rebana!)

Seb. Yo no quiero asesinarle á usté.

Avila (¡Ay, menos mal!)

Seb. Quiero matarle de frente.

Avila (¡No me libro!)

Seb. ¿Le doy otro pase?

Avila ¡No!... Estoy bien así.

Seb. Es que me parece que no está usté bien apurao.

Avila ¿Que no? ¡Una barbaridad! (se levanta.) (¡El peso que me he quitado de encima!)

Seb. Bueno, ahora usté dirá cuándo nos vemos solos como dos hombres.

Avila Pues cualquier día de estos que tenga desocupado.

Seb. ¡Vamos, que á mí no me la da usté dos veces! Yo tenía pensao que me diese usté pa irme al Brasil.

Avila ¡Muy bien, pero que muy bien pensado!

Seb. Pero ahora he visto el juego. Usté ha hecho que le afeite pa presumir.

Avila No, para presumir, no; aquí no tengo que enamorar.

Seb. Pa presumir de valiente y dejarme á mí en ridículo; pues to el mundo se va á reir de mí al saber que... ¡Vamos, que no, que prefiero volver á Ocaña!

Avila Vamos, hombre; no piense usted en eso... Oiga, pero ¿de verdad no le gustan los toros?

Seb. ¿Se quié usté dejar de tonterías?

Avila Yo reconozco la superioridad del *Gallo;* pero *Belmonte* con la muleta... ¡Oh!... (Gritando.) ¡Belmonte!

Seb. ¡A mí no me venga usté con historias! ¡Coja usté una navaja de esas y vamos á vernos las caras!

Avila ¡No! ¡A mí no me gustan las armas blancas! ¡A mí deme usté un fusil!... ¡¡A mí!!...

Seb. ¡Defiéndase usté ya!...

Avila ¡Socorro!

ESCENA X

DICHOS, BELMONTE, LUCIANO y CRIADO

Bel. ¡Señor duque!

Luc. ¡Quieto, miserable!

Avila ¡Ah, si no llegan ustedes, me lo como á bocados! (Bajo al Criado.) Vete corriendo al pueblo y que venga la Guardia civil.

Luc. ¿Quién ha dejado entrar aquí á éste?

Bel. El señor duque dijo..

Avila Yo.. como me amenazaba, le dije que entrara, le hice afeitarme..

Bel. ¡Se ha dejado afeitar por él, don Luciano!

Luc. ¡Señor duque!...

Seb. ¡Pero si!...

Luc. ¡Silencio!

Avila Creí que era un valiente y me iba á matar con él; pero me ha resultado un cobarde y yo á los cobardes no les guardo consideraciones. (Le da un bofetón y se aparta corriendo.) Enciérrenle ustedes en la cueva y que avisen á las autoridades. (Medio mutis.)

Seb. ¡Escuche usté!...

Avila Y si no quiere que le mate como á un perro, que se vaya al Brasil, á donde quiera, con tal de que yo no vuelva á verle.

Luc. ¡Es usted grande!

Avila (¡E incomensurable!) (Mutis.)

Luc. Y tú, ¿qué tienes que decir después de esto?

Seb. ¿Después de esto? ¡Nada!

Luc. Vente conmigo. (Le coge por un brazo y se le lleva por el foro.) Pues largo

Seb. ¡Alguna vez se la tenía que dar con queso un duque á un licenciao de presidio!

(Cuando salen por el foro y pasan por delante del ventanal, se oye dentro la bocina de un automóvil.)

Luc. Belmonte, vete á ver quién es y llévate eso. (Belmonte se lleva las navajas y demas útiles.)

ESCENA XI

BELMONTE, MAYORAL y LUCIANO

May. (Entrando por el foro acompañado de Belmonte.) ¿Está el administrador?

Bel. Sí, señor; ahora viene. (Al foro.) ¡Don Luciano!

Luc. Buenos días.

May. Santos y buenos.

Luc. ¿Qué desea usted, caballero?

May. ¿Está don Carlos?

Luc. Sí, señor.

May. ¿Y quién más está con él en la finca?

Luc. El señor duque.

May. ¿El señor duque? ¡Bueno!

Luc. Y también unas señoras.

May. ¿Unas señoras?

Luc. Tal vez las conozca usted. Una es la prometida del señorito Carlos y la otra su madre; la futura duquesa.

May. (¡Anda morena!)

Luc. ¿Llamo al señorito Carlos?

May. Sí, pero procure usté que no se entere el... el señor duque.

Luc. ¿A quién anuncio?

May. ¿A quién anuncia usté?... Al barón de Pa-

lermo. Un señor que trae un encarguito de Monte-Carlo.

Luc. Muy bien. Tome usted asiento. (Mutis por la escalera.)

Bel. Con su permiso. (Vase por el foro.)

May. ¡Qué bárbaro! Ya está para casarse... Bueno, á este gachó lo contratan en una horchatería y hace helaos con el aliento.

ESCENA XII

LUCIANO, CARLOS y MAYORAL

Luc. Ahora baja. (Mutis por el foro.)

Carlos (Por la escalera.) Caballero... ¡Cómo!... ¿Usted? ¿El que apaleó á mi tío?

May. El mismo que viste y calza y usa bastón para seguir apaleando.

Carlos ¿Y mi tío?

May. Con bastantes bultos, pero sin deterioro importante.

Carlos Pero á usted... ¿no le detuvieron?

May. Sí, señor; y pasé lo mío en la Comi de allá, que viene á ser como las de por acá, pero su señor tío quiso verme, se puso todo en claro y él mismo hizo que me soltaran.

Carlos Pero, ¿el objeto de su viaje?... ¡Ah! Ya caigo. ¡Avila!

May. No hace usté más que tambalearse.

Carlos ¿Cómo?

May. Que acierta usté en la mitad. Yo vengo, efectivamente, á ver á su señor tío segundo, pero en compañía de su señor tío primero que viene á verle á usted.

Carlos ¡Mi tío!... ¿Está aquí mi tío? ¿Se ha enterado de todo?

May. De casi todo, porque ignorábamos el próximo enlace del duque de la Frescura.

Carlos Pero, ¿cómo ha podido enterarse?

May. Leímos en los periódicos de España un telegrama de la llegada del duque de Puerta-Cerrada á sus posesiones, y en seguida dije yo al auténtico duque: ¡Avila está en Burgos!

Carlos ¿Y él qué dijo?

May. Que era un disparate; pero yo practiqué ciertas indagaciones y descubrí el pastel.

Carlos ¿Y está aquí mi tío?

May. En cuanto lo supo, á pesar de los bultos, vino á gran velocidad.

Carlos ¿Dónde está?

May. Se ha quedado en el auto, y yo me he adelantado de explorador, porque viaja de completo incógnito.

Carlos Estará indignado... El no sabe...

May. Voy á buscarle, porque quiere conferenciar con usté antes de nada. (vase.)

Carlos ¡La que me ha buscado este hombre! ¡Yo le mato en cuanto le vea! ¡Vaya si le mato!

ESCENA XIII

CARLOS, MAYORAL y EL DUQUE. El Duque viene envuelto en amplio gabán ó guardapolvo de automóvll y trae la cara materialmente cubierta por vendas y gasas. Sólo se le ve parte de un ojo. Se procurará que el actor encargado de este papel tenga una estatura aproximada á la de Avila.

May. ¿Ve usté? ¡De incógnito riguroso!

Carlos Tío... ¡Perdón!... Yo le explicaré á usted...

Duque ¡Chist! Ya hablaremos. No digas á nadie que estoy aquí. Vamos arriba, pronto.

Carlos ¡Si usted supiera!...

Duque Lo sé todo. Ahora quiero hablar contigo. Después llama á esas señoras. Acompáñenos, Mayoral. (Subiendo la escalera.) Por Dios, que no se entere nadie de que he venido. (Mutis los tres.)

ESCENA XIV

AVILA y BELMONTE

Avila (Asómando con precaución por la derecha.) ¿Se lo habrán llevado ya?... Bueno, de esta renuncio al ducado y renunciaríaá la corona de España... Antes de que puedan poner en libertad á ese bárbaro estoy yo en lo alto del Gurugú.

Bel. (Que pasa cantando por el foro) «Ladrón, ladrón.»...

Avila Oye, niño, ¿y el gachó ese?

Bel. No tenga usté cuidao que no se escapa. Ahora está hablando con don Luciano, y la ~~guardia civil~~ no debe tardar. pared

Avila Mira, vas á traerme las botas de campo que me compraste ayer.

Bel. ¿No habíamos quedao en que tenía que devolverlas porque eran mú ordinarias?

Avila Sí; pero voy á probármelas y si me están bien...

Bel. En seguida. (Vase.)

Avila Yo no paso otro ratito como el de antes... Ni á mí me vuelve á afeitar nadie. Desde hoy me dejo la barba como un franciscano.

Bel. Aquí están. (Trae en la mano unas botas de campo de clase ordinaria que están unidas por los tacones con un grueso cabo, en la forma en que suelen estar apareadas en las zapaterías baratas.) Pero como yo tengo que volver á Burgos por la tarde...

Avila Trae, trae (Se quita la zapatilla del pie derecho y se pone la bota.) Esta aprieta un poco, pero vamos... (para salir corriendo por la carretera están bastante bien.)

Bel. Pruébese usté la otra, no sea que le pase lo que á mí, que es el pie que tengo más grande. Traiga usté. (Se la pone.) Aguarde usté que se la abroche... Tiene aquí una hebilla mú apretá... Habrá que coserla más afuera, si no no se las va usté á poder quitar sólo.

Avila (Pisando.) Están bien, están bien... y como fuertes...

Bel. (Contestando á un llamamiento de la izquierda.) ¡Voy!

Avila Tráete unas tijeras. (Belmonte!)

Bel. Me llama el señorito Carlos. (Vase corriendo por la escalera.)

Avila (Intentando inutilmente romper el cordel que sujeta los tacones.) Que te traigas...

Bel. El barón de Palermo.

Avila ¿El qué?... (Bajo á Belmonte. Éste no le oye.) Que traigas unas tijeras.

Bel. Un señor que ha venío en automóvil. (Vase por el foro.) Voy por un vaso de agua para la señora, que se ha desmayao.

Avila — ¿Quién será el barón de Palermo?

May. — (En la escalera.) Pero que muy buenos, señor duque.

Avila — ¡¡Mayoral!!

May. — No, señor duque. El barón de Palermo, marqués de Buena Tranca.

Avila — (Haciendo desesperados esfuerzos por romper el cordel de las botas.) ¡Mayoral, no sea usted bruto!

May. — Pero ¿qué le pasa á usté? ¡Anda la mar, trabao! ¡Me lo han puesto de bola á bola!

Avila — ¡Don Bruno, no abuse usté de la fuerza! Si viene usté á cobrar, no se impaciente, que yo le daré todo lo perdido.

May. — No; si el que va á cobrar es usté.

Avila — ¡Don Bruno, que yo le daré ciento por uno!

May. — ¡Y yo también! Con esa condición me ha traído el duque.

Avila — ¿El duque?

May. — El auténtico duque. Está arriba ajustando las cuentas á los otros; de usté me he encargado yo con este socio. (Blande el bastón.)

Avila — ¡Mayoral! (Intenta correr y apenas puede. Mayoral le persigue.)

May. — En mi vida daré unos estacazos con tanto gusto.

Avila — ¡Con esa tranca no vale!

May. — Es la misma conque le endiñé al duque y él quiere que se la rompa á usté en las costillas... Conque, ¡vaya el primer toque!...

Avila — ¡Ah!...

ESCENA XV

DICHOS y CIVILES

Guar 1.º — ¡Alto á la guardia civil!

May. — ¿Eh?

Avila — (¡Ah! ¡Me he salvado!) Adelante, señores guardias. Yo soy el criminal que buscan ustedes.

Guar 1.º — Pero ¿el señor no es el duque?

Avila — ¿Yo el duque?... Mayoral, dicen que soy el duque.

May. — Es un canalla, al que...

Avila — Ya lo oyen ustedes; soy un canalla, un ase-

sino. Préndanme ustedes. (Se coloca entre los dos guardias.)

May. ¡Ah, ladrón! (Va hacia él.)

Guar 1.º ¡Eh, quieto!

Avila ¿Oyen ustedes? Ladrón también. Anden llévenme á la cárcel.

Guar 1.º ¡Andando!

May. ¡Y se lo llevan!

Avila Conservarse, don Bruno.

May. ¡Me lo quitan de las manos! ¡¡Señor duque!! ¡¡Don Carlos!! ¡Que se escapa ese granuja! ¡¡Guardias!!

ESCENA FINAL

DICHOS, BELMONTE, CRIADO, REMIGIA. Después CARLOS y el DUQUE, LUCIANO y al final FLORINDA y CRUZ

Bel. ¿Qué pasa?... ¡Se llevan preso al duque! ¡Guardias! ¡Don Luciano!

Criado ¿Qué?

Carlos ¡Qué gritos son esos!

Duque Nada, no te asustes; es que Mayoral está cobrando mi cuenta.

May. ¡Qué voy á cobrar! ¡Si ese granuja va escoltado por dos civiles!

Duque ¿Eh?

May. Se ha hecho prender para que yo no pueda pegarle.

Duque ¡Es un genio!

Carlos (Que fué al foro.) ¡Guardias, traigan á ese hombre! (Entran los civiles y Avila.)

Duque Pero, ¿quién ha llamado á la guardia civil?

Avila (¡El auténtico!) Yo mismo para que prendiesen á ese Sebastián que venía á matarme, (Bajo.) mejor dicho, á matarle á usté.

Duque ¡Silencio. (Alto.) Pero, ¿no le han prendido?

Luc. (A Avila.) El señor duque puede estar tranquilo. Amedrentado por el valor de usted y temiendo volver á presidio, me pidió por Dios que le soltara con la condición de marcharse al Brasil y no volver, como usted le propuso. Yo, para evitar al señor más disgustos, me he permitido darle dinero y ya no está en el pueblo.

Duque (¡Ah!)

Avila Gracias. El duque de Puerta Cerrada le agradecerá eternamente este favor.

Carlos Señores, sepan ya todos que el verdadero duque, mi tío, es éste, y ese hombre...

Duque Ese hombre sigue siendo lo que era...

Avila ¿Me perdona usted?

Duque ¡Cómo no, si me ha resuelto usted unos problemas que no me dejaban dormir tranquilo!

Flor. (Por la escalera con Cruz. Ambas en traje de viaje.) Señores...

Avila ¡Florinda!

Flor. ¡No le conozco á usted, caballero!

Avila ¡Lo celebro!

Duque Señor Avila, en pago á los peligros que por mí ha corrido y á la hábil solución que ha dado á los problemas que tanto me afectaban, desde hoy usufructuará esta finca y dispondrá de ella á su antojo.

Avila ¡Señor duque!

Flor. A pesar de tus falacias, dispuesta estoy á concederte yo también mi generoso perdón.

Avila ¡No! ¡No me perdones!

Duque Ustedes, señoras, pueden retirarse y vosotros todos, el mayor secreto.

Flor. Saldré, sí señor; saldré, pero siempre digna y altiva.

Carlos. Tío... ¡Perdón!... ¡Que ella no se marche!

Duque ¡Hoy no puedo negarte nada!

Cruz ¡Carlos!

Avila ¡Dios mío! ¿A que aún me amarga la vida esta señora? (Telón.)

FIN DE LA OBRA